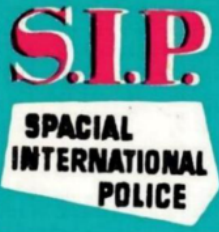
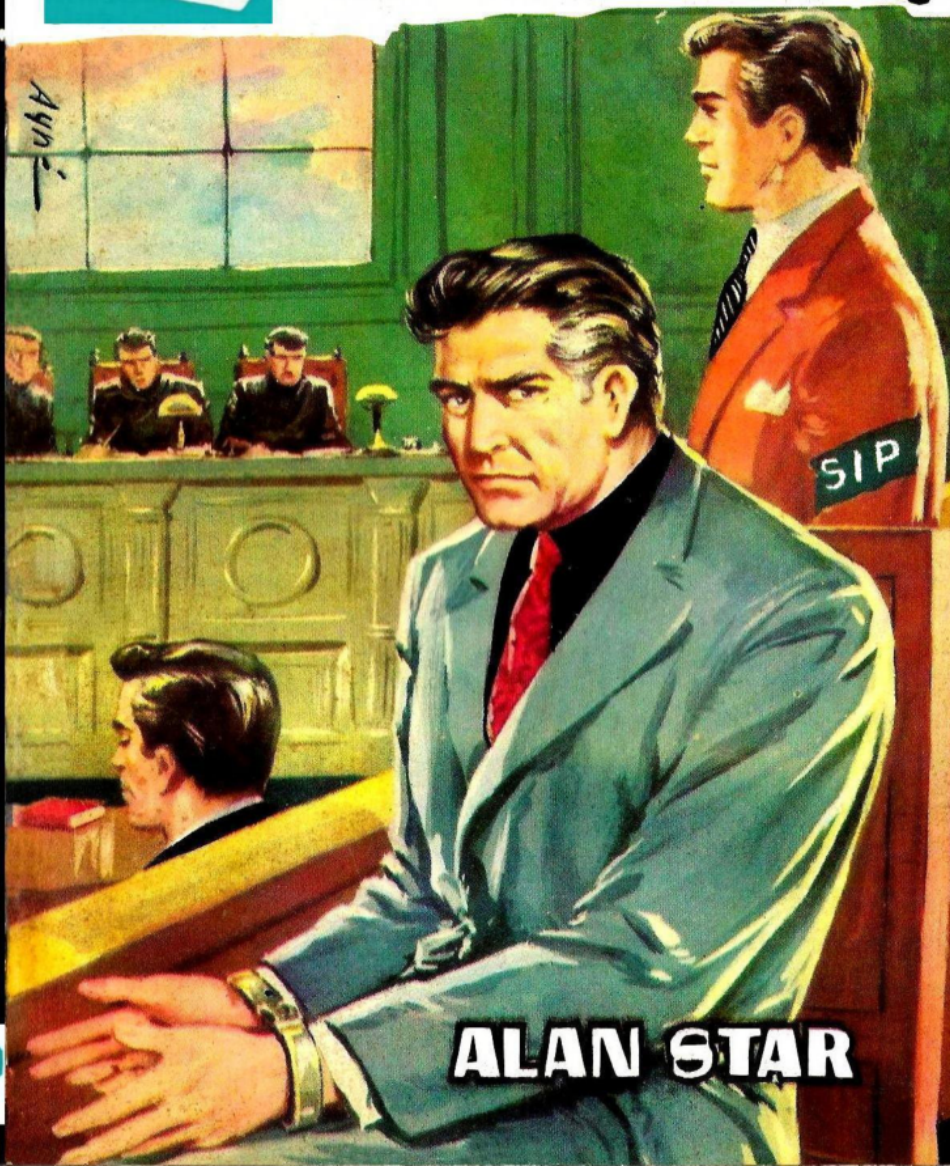


52



i CALLOWAN CULPABLE!

ALAN STAR i CALLOWAN CULPABLE!



ALAN STAR



¡CALLOWAN CULPABLE!



¡CALLOWAN

CULPABLE!

por

ALAN STAR



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Orne, 51-63
BARCELONA

© EDICIONES TORAY, S. A. - 1960

Depósito legal: B. 15.369 – 1960

Número de Registro: 5787 - 60

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

¡CALLOWAN CULPABLE!



CAPÍTULO PRIMERO



ESDE lo alto de la cúpula metálica, que emergía del conjunto de los edificios como una giba brillante, John Botts podía ver no sólo la masa de los departamentos que le rodeaban, sino la extensión árida y estéril de las rocas volcánicas de Fobos, hasta su horizonte no muy lejano, con el disco brillante de Marte a lo lejos.

Botts era el jefe de aquella poderosa organización que custodiaba los fondos monetarios del mundo, las reservas bancarias del Sistema Solar, la garantía monetaria del «crédito», que valía lo mismo en la

Tierra que en los otros planetas descubiertos, ocupados y colonizados.

Una masa de cemento y acero formaban aquel edificio del «International Treasure». Y sobre los edificios, la cúpula transparente estaba el claro y cómodo despacho de John Botts.

Desde que algunas bandas audaces habían puesto en peligro las reservas de los países de la Tierra, de Marte y de Júpiter, venciendo con medios ultramodernos los formidables elementos de defensa (1), los Bancos habían optado, para mayor seguridad, entregar al «International Treasure» sus fondos principales, consistentes en lingotes de oro y platino. De esta manera las transacciones se hacían por radio, sin necesidad que el precioso metal pudiera estar al alcance de los probables ladrones.

Situando los inmensos tesoros mundiales fuera de la Tierra, en el pequeño satélite marciano, se había conseguido una seguridad absoluta y hacía ya muchos años, desde el final de la construcción del «International Treasure», que ningún robo importante se había hecho. Los Bancos operaban con billetes, sin necesidad de manejar lingotes que seguían, no obstante, formando la natural reserva que refrendaba el valor del dinero.

La necesidad de un fondo de oro — o de platino — había surgido al autorizarse al Departamento Monetario del Consejo Mundial la emisión de monedas nacionales, en cierto modo, puesto que todas eran el internacional «crédito», pero afectado por el valor de cada país o planeta: así había un crédito americano, otro europeo y otros más, oriental, africano, oceánico, marciano, venusiano, con cotizaciones variables en las Bolsas. Todos ellos tenían su refrenda oro en el «International Treasure», allá, junto a Marte, una garantía completa e inviolable.

John encendió un cigarrillo, echando una nueva ojeada al telegrama que había sobre su flamante mesa de despacho. Lo había recibido por vía Interespacialradio hacía menos de diez minutos. Y, en el fondo, estaba íntimamente complacido.

Callowan había establecido la costumbre de aquella visita, acompañado por los alumnos de la última promoción de la Escuela de Agentes de la SIP, como premio a los esfuerzos de los cinco años que duraban sus estudios y, al mismo tiempo, para que se percatasen de la perfecta organización del Tesoro Internacional y su defensa en Fobos.

Para John Botts era un verdadero placer, pues aquella visita masiva le ponía en contacto con el mundo y con uno de los hombres que más admiraba. Acompañando a Callowan, mostraba a los nuevos agentes las cámaras acorazadas, las reservas en metales preciosos que hacía que las naciones del mundo y las colonias planetarias pudieran mantener seguros sus negocios por todas partes.

Cien guardianes especialmente entrenados formaban el pequeño ejército del «International Treasure», aunque, en realidad, sus muros, su situación y las patrullas espaciales que sobrevolaban el pequeño satélite hacían innecesaria la menor preocupación.

Nunca podía haberse dado el caso de que nadie tuviera la peregrina idea de pensar en asaltar aquel reducto en medio del espacio. Porque tal cosa hubiera sido suficiente para que encerrasen a su autor en una celda acolchada de un manicomio cualquiera.

Botts releyó el telegrama:

Llegaré jueves próximo astronave espacial, acompañando cincuenta alumnos. Afectuosos saludos. Callowan.

¡El viejo Callowan!

John le había conocido hacía muchísimo tiempo, cuando la SIP no era más que una idea colosal en embrión. En aquella época, cuando él mismo formaba parte del Departamento Económico del Consejo Mundial, había tenido la ocasión de conocer a Donald, que con el doctor Sullivan, formaban el núcleo primario de lo que iba a convertirse en el Enemigo Número 1 de la delincuencia del mundo.

Recordando aquellos tiempos, el jefe del «International Treasure» sonrió, apoyando el índice sobre uno de los botones que formaban un espeso rectángulo sobre el lado derecho de su mesa.

No se oyó nada; pero momentos más tarde la puerta del despacho se abrió, dando paso a un hombre joven, alto, delgado, con expresión de seriedad y de competencia en el rostro.

—¡Buenos días, señor Moles!

— Buenos días, señor director.

—Acabo de recibir una buena noticia.

—¿Sí?

—Callowan llega pasado mañana con cincuenta, muchachos de la SIP.

—¡Excelente!

—Como siempre, hay que preparar los dormitorios especiales en la segunda planta. Se quedarán cuatro o cinco días.

—Muy bien.

—Este año quiero que no falle nada. Debemos dar a esos muchachos una excelente impresión. El año pasado, dos de ellos se quedaron encerrados, inadvertidamente, en los sótanos. ¿Recuerda?

—Sí — y Charles Moles, el secretario, sonrió —: Nos dieron un buen susto...

—¡Más lo tuvieron ellos! Les habíamos hablado de nuestro

proyecto de inundar cada vez que se cerraran las puertas las cámaras con ácido cianhídrico. ¡Y creyeron que ya habíamos instalado esas defensas!

—Fueron momentos amargos para aquellos dos muchachos; pero ya sabe usted que hemos puesto contadores en todas las salidas y que ahora no se cerrará ninguna puerta sin que hayan salido todos los que entraron.

—Perfecto.

Botts miró a su secretario.

Luego preguntó:

—¿No se alegra de esa visita, Charles?

—¡Muchísimo, señor! Ya sabe usted que pasamos diez meses del año en este lugar apartado y que los dos meses anuales que nos conceden de vacaciones pasan demasiado aprisa.

— Es cierto — y John frunció el entrecejo —. Pero hay que resignarse: el cumplimiento del deber impone sacrificios.

—Así es.

Hubo una pausa y los dos hombres se hundieron en meditaciones de la misma calidad. Y no era que no estuviesen contentos con su importante puesto; pero, sobre todo Moles, joven y activo, experimentaba la tristeza de aquellos interminables meses que debía pasar en el interior de los muros de cemento armado de aquella formidable fortaleza espacial.

John, más comprensivo y dándose cuenta del mal camino que tomaban sus ideas y las de su secretario, fue quien rompió el silencio.

—Prepare un poco de bebida para cada uno de nosotros, Charles. Hay que brindar por esta estupenda visita.

—Sí, señor.

Se dirigió hacia uno de los extremos de la estancia. Al pasar ante el hilo invisible de una célula fotoeléctrica el muro giró, descubriendo un bar con todo lo que el más exigente podía desear.

Junto a las botellas, Moles descubrió una caja de madera. Y volviéndose hacia John anunció:

—La caja de habanos sigue aquí, señor.

Botts sonrió.

Y tras una corta pausa comentó:

—Pronto la abrirá mi amigo Callowan. ¡Adora esos cigarros! Son precisamente de los que él fuma siempre.

Charles frunció el entrecejo.

Y mirando a su jefe con un brillo de interés en los ojos dijo:

—¿Es cierto que el jefe de la SIP deja de fumar habanos en cuanto se encuentra ante un problema difícil?

—Sí, es verdad. Pero no crea usted que se trate de una manía absurda. La explicación sólo la conocen tres hombres: el propio Callowan, el doctor Pat Sullivan y yo.

La curiosidad hizo que aumentase la intensidad luminosa en las pupilas de Moles, que, sin poder resistir más, exclamó:

—¡Cuánto me gustaría saber cómo ocurrió, señor director!

John sonrió.

Después de todo, estaba seguro de que nada importaría a Donald que contase aquella vieja aventura que había dado origen a lo que podía parecer una extraña costumbre de Callowan.

—Fue hace muchísimo tiempo — dijo —, cuando Callowan debía salir a luchar, puesto que la «Spacial International Police» estaba empezando a formarse y su primera promoción no había salido aún de la Escuela de Washington. Donald tuvo que irse a Marte completamente solo para resolver un caso, donde la crueldad horrible de unos hombros, unos desalmados, estaba aterrorizando aquellas tierras recientemente descubiertas... Se trataba de la Banda de los Pirógenos, una de las organizaciones criminales más espantosas que se han podido conocer. En los archivos de la SIP aquella historia es una de las primeras...

Y le relató aquella escalofriante aventura de Callowan, convertido en el único agente efectivo de aquellos momentos. Así pudo enterarse el secretario de los motivos que habían hecho nacer la curiosa costumbre del jefe de la SIP y que explicaba el que aún continuase absteniéndose de fumar habanos en el curso de una investigación (2).

Satisfecho, Moles encendió un nuevo cigarrillo. Y con una voz en la que se filtraba una sincera admiración comentó:

— ¡Ha debido de ser una vida llena de emociones la del señor Callowan!

—Pocos saben muchas de las cosas que Donald ha pasado desde que la SIP nació, a primeros de siglo. Ahora es una organización maravillosa, pero en aquellos tiempos sólo Donald podía hacer frente a todos los problemas que se presentaban, ya que sus muchachos estaban preparándose para lanzarse valientemente a la lucha...

Hizo una pausa; luego indicó:

—Prepárelo todo, Charles. Esos muchachos se merecen un recibimiento acogedor. Deben darse cuenta de que también nosotros hemos hecho un gran esfuerzo, para proteger los tesoros del mundo, para permitir que los hombres vivan y negocien sin tener que

permanecer, como en la época de los asaltos de los Bancos, en una continua zozobra.

Iba Moles a salir cuando sonó el interfono. Adelantándose a su jefe, el joven secretario pulsó la palanca, dejando que se oyese la voz de la central.

—Se acaba de recibir un radiograma de la Tierra, señor.

—¿Qué dicen? —inquirió Moles.

—Que hay ciertas modificaciones en la visita de la SIP.

John frunció el ceño. Adelantándose hacia el micrófono, preguntó:

—¿Cuáles?

—El señor Callowan llegará con sólo diez alumnos, entre los que se encuentra una muchacha.

—Bien.

Moles corrió la palanca.

Y John comentó:

—Debe de haber surgido algún contratiempo. Por un momento y creí que todo se había ido al agua.

—No ha sido así afortunadamente.

Botts esbozó una sonrisa.

—Bueno. Serán menos, pero vendrán. Esto es lo importante... — Y mirando con fijeza, pero sin dejar de sonreír, a su secretario dijo—: ¿Recuerda usted que también vino una alumna el año pasado, Charles?

Moles acusó el golpe, sonrojándose un poco.

Y su jefe, implacable, continuó:

—No le regaño, amigo mío... La muchacha del año pasado era muy linda. En realidad, hablándole con franqueza, estuve a punto de creer que todo aquello iba a acabar en boda.

El rojo del rostro del otro se hizo más intenso.

—Yo..., señor...

—No hace falta que se excuse. ¡Se va a hacer usted tan viejo como yo! Y, ¡qué diablo! ¿Cree acaso que no le vendría mal casarse?

Moles logró sonreír.

—Puede que tenga usted razón, señor. Pero acaso no puede hacerse así como así, pensándolo antes de conocer a la mujer que el destino dedica a cada uno.

—¡Bien! Puesto que es así, dejemos ese asunto... Vaya a preparar las cosas que, aunque para un menor número de visitantes, deben

estar dispuestas para pasado mañana.

—Perfectamente...

Y Moles abandonó la estancia, presa de ideas contradictorias, que se habían despertado en su corazón al impulso de las palabras que su jefe le había dicho.

Recordaba, con gran precisión, la presencia de la muchacha que formaba parte de la expedición del año anterior. Verdad era que se había enamorado de ella, la súbita marcha del grupo no le había permitido expresar a la joven sus sentimientos.

¿Ahora?

Se sentía melancólicamente solo y deseaba, con toda la fuerza de su juventud, ordenar su vida, alejándose de aquella soledad que tanto daño le hacía.

¿Por qué no iba a ser posible que la llegada del grupo de la SIP le proporcionase lo que esperaba desde hacía tantísimo tiempo?

Suspiró mientras tomaba el ascensor para bajar a las plantas inferiores, donde ordenaría la preparación de las once habitaciones que los muchachos y el jefe de la «Spacial International Police» iban a ocupar.

CAPÍTULO II



A astronave especial procedente de la Tierra anunció su llegada desde mucho antes de alcanzar la órbita de Marte. El director del «International Treasure», John Botts, junto a su secretario, recibieron la primera llamada a las ocho de la mañana, hora local.

El mensaje estaba seguido de una nota particular del jefe de la

SIP:

«¡Saludos, viejo John! ¿Has preparado el «whisky» y los habanos?...»

Botts no pudo evitar una sonrisa.

Luego dijo:

— ¡Es el de siempre!

El resto del tiempo, hasta el previsto para la llegada del astrocohetes, lo pasaron, jefe y secretario, yendo de un lado para otro, visitando los apartamentos destinados a los visitantes, repasando una y otra vez el programa de recepción que habían preparado con toda atención, de forma que los muchachos de la SIP se llevasen una inmejorable impresión de aquel lugar.

Alrededor de las diez la astronave apareció en las pantallas de radar próximo, abriéndose entonces la cúpula inferior para dejar al descubierto una magnífica pista de aterrizaje.

Maniobrando con una suavidad extraordinaria, el aparato terminó por posarse sobre la pista. En cuanto las llamaradas que lanzaban sus toberas cedieron un tanto y los ventiladores purificaron la atmósfera de la pista, dos hombres salieron de los edificios vecinos corriendo hacia la astronave.

Eran John y Charles.

La puerta del astrocohetes se abrió con suavidad, al tiempo que aparecía la rampa por la que iban a descender los pasajeros. En primer lugar, como Botts esperaba, apareció la alta y sólida silueta de Donald Callowan, con sus anchos hombros, su amplia frente y sus cabellos blancos, bastante largos por el cuello.

Adelantándose, John fue hacia el pie de la rampa, estrechando entre sus brazos a su viejo camarada.

—¡Callowan! ¡Dichosos los ojos que te ven!

—¡Hola, viejo lobo del espacio! ¿Qué tal?

—Muy bien... ¿y tú?

—Ya lo ves: como siempre.

Y haciéndose a un lado, presentó:

—Ya conoces a mi secretario: Charles Moles. ¿No es verdad?

—Sí, ya le recuerdo.

El jefe de la SIP estrechó cordialmente la mano del joven. La atención de éste, retenida unos instantes por la simpática silueta de Donald, se dirigió después hacia la puerta por la que estaban apareciendo el resto de los viajeros.

—¿Y ella?

Salió casi en último lugar.

¡Y era como Moles la había imaginado durante aquellos días que habían precedido a su llegada! Rubia, alta, esbelta, bellísima, con unos ojos azules muy grandes y una boca perfectamente dibujada, como trazada a punta de pincel por un pintor orgulloso de su arte.

Entre los jóvenes los había latinos, morenos y de cabellos negros; nórdicos de cabellos rubios y ojos claros; orientales...

En aquellos diez jóvenes estaba representada toda la gama de la humanidad y era como una muestra de la importancia que todas las razas daban a la lucha contra la delincuencia y el crimen.

Callowan fue presentándolos a los dos hombres más importantes del «International Treasure».

Y cuando llegó el momento de hacerlo con la joven, Charles no pudo evitar un involuntario estremecimiento.

—La señorita Helen Curtís... el señor Moles...

La mano de la muchacha era suave y su piel causó una profunda impresión al joven secretario, que no podía separar los ojos de los de la agente.

John sonrió, interviniendo a tiempo para no provocar un embrazo mayor a su secretario.

—¿Y si les mostrásemos sus alojamientos, Charles?

—Sí, señor.

Llevando sus maletas, los hombres de la SIP penetraron en el recinto del fuerte. Se encaminaron al piso donde se había dispuesto sus habitaciones. Charles hizo lo posible, y lo consiguió, para mostrar a la joven la estancia que había elegido para ella. Naturalmente, era la mejor.

—Vas a encargarte — le dijo su jefe — de conducir a estos señores a la cantina para-que desayunen. Mientras, Callowan y yo lo haremos en mi despacho.

—Bien.

El jefe de la SIP siguió a su amigo, penetrando en la cúpula donde estaba situado el despacho de Botts. En cómodos sillones y ante la mesita donde un empleado había colocado un abundante desayuno, dieron fin de éste. No rompieron el silencio hasta que el propio Botts sirvió el «whisky» y dejó la hermosa caja de habanos sobre la mesa.

—¡Aquí los tienes, Donald! Nadie los ha tocado desde el año pasado.

Callowan sonrió con tristeza.

Después se lamentó:

—No sabes cuánto te lo agradezco, John, pero no puedo fumarlos.

—¿Eh?

—De veras. Estoy detrás de un asunto y ya conoces mis promesas y los motivos que me obligan a mantenerlas.

—¡Está bien! — John lanzó un profundo suspiro —. ¿Fumarás un cigarrillo al menos?

—Tampoco.

Botts frunció el entrecejo.

—¿Qué quiere decir eso? ¡Un fumador como tú! ¿Qué te ha sucedido, Donald?

El jefe de la SIP sonrió.

—¿Es que no puedo estar acatarrado como cualquier ser humano? Pat me ha dicho que no debo probar el tabaco en una temporada.

—¡No es posible! ¿Es que no sabe el viejo Sullivan la clase de tortura que te impone?

—¡Desde luego que lo sabe! — Y después de una pausa explicó —: Habanos no puedo fumar, ya que estamos ahora detrás de un asunto importante. Pero, por otro lado, tampoco puedo tocar los cigarrillos.

—Lo lamento de veras.

Hubo un silencio. Luego Donald anunció:

—Este viaje debe ser más corto de lo que pensábamos, amigo mío. Ya habrás notado que no vine con todos los que habían de acompañarme.

—¿A qué es debido ese cambio de programa?

—Hay un recrudecimiento de robos y asesinatos en Oriente y me he visto obligado a enviar muchos agentes nuevos hacia aquella zona. En realidad, John, no debíamos haber venido todos. Pero, pensándolo mejor, me dije que no valía la pena dar un disgusto de este calibre a los muchachos. Y elegí diez entre ellos, contando la chica, para que la costumbre de la visita al «International Treasure» no se rompiese.

—¡Has hecho muy bien! Ya sabes lo que nos agrada verte por aquí.

—Lo sé. Y esto ha pesado mucho en mi decisión.

—Gracias.

—Pero, de todos modos, como te decía antes, nuestra visita no va a ser muy larga. La realidad es que nos marcharemos mañana por la tarde...

Asombrado, John abrió desmesuradamente los ojos.

—¿Tan pronto? —inquirió.

—Sí.

—¡Pero si siempre os quedáis una quincena aquí!

—Ya lo sé; pero no estoy tranquilo y deseo estar en la Tierra cuanto antes. No olvides que los muchachos que he enviado a Oriente son tan bisoños como estos que han venido conmigo y que, con franqueza, no puedo fiarme demasiado de ellos.

—Es cierto.

—Por eso quería rogarte que nos enseñases los cofres de los sótanos. Sólo lo justo para que los nuevos agentes se den una idea de lo perfecto de todo esto.

—De acuerdo.

—Te prometo, John, que el año que viene haremos un viaje extraordinario y que es muy posible que, junto con los agentes de la nueva promoción, vengan también los antiguos, los viejos, los que luchan. Podríamos celebrar aquí una especie de reunión extraordinaria... ¿qué te parece?

—¡Maravilloso! ¡Es una magnífica idea!

* * *

Charles logró con habilidad endosar al capataz principal y jefe de guardianes del Tesoro la totalidad de los agentes de la SIP, excepto, naturalmente, la muchacha, de la que se encargó con absoluta exclusividad.

Se llamaba Helen Curtis, era rubia y tenía los ojos azules más maravillosos que Moles había visto jamás.

Charles, desde que había recibido las instrucciones de su jefe para alojar a los visitantes y cuando conoció el detalle de una presencia femenina entre ellos, escogió una de las habitaciones de la penúltima planta, en la que vivían ellos y donde también iba a ser alojado el prestigioso jefe de la «Spacial International Police».

Eso le permitió alejarse con la muchacha, dejando a los otros, que seguían mansamente a Emil Puffer.

Tomando una de las rampas ascendentes, Charles fue mostrando a la muchacha el detalle de las habitaciones de los jefes del «International Treasure», sacando todo el partido posible a aquella visita y procurando alargarla cuanto podía.

—Tienen ustedes muchísimas comodidades — dijo ella.

Poseía una voz de un timbre agradable y musical en extremo.

—Si no fuese así, señorita Curtis, ¿cree que podríamos resistir

esta espantosa soledad?

Ella le miró. Luego dijo en un susurro:

—Sí, lo comprendo. Nunca me gustó la soledad.

Y él contestó con vehemencia:

—Es lo peor que pueda existir —. Sobre todo para los que nos permitimos soñar. ¡Imagínese el suplicio que constituye la televisión, las revistas que nos llegan aquí y, en fin, los recuerdos de los que no podemos librarnos ni un solo instante...

—Deben esperar las vacaciones con un ansia terrible.

—¡No puede usted imaginarlo, señorita!

—¿Y si uno de ustedes se casase?

—Es la única manera de abandonar esto.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que una de las cláusulas del contrato que firmamos con el Consejo Mundial es de permanecer solteros y, naturalmente, el serlo es condición «sine qua non» para ingresar en el «International Treasure».

—¿Quiere decir eso que son ustedes multados cuando contraen matrimonio?

—Multados sería la palabra. Anunciamos nuestro matrimonio con un mes de anticipación al objeto de que se busque a alguien para sustituimos. Luego somos enviados a otros departamentos del Banco Mundial: en la Tierra o en alguno de los planetas habitados. El sueldo es inferior; pero, hablando con franqueza, nos importa poca, ya que volvemos a ser seres humanos como los demás.

Ella esbozó una sonrisa.

—¡Cualquiera que le oyese diría que aquí han dejado de serlo!

—En cierto modo, aunque le parezca monstruoso, es así. Aquí no hay más que hombres. Hombres y máquinas. Máquinas que cuentan, que contabilizan o vigilan, métodos de detección o de alarma, todos ellos lejanos, naturalmente, ya que nadie podría llegar aquí con malas intenciones.

—Eso es lo que nos explicó el señor Callowan en una de sus últimas conferencias, cuando preparábamos el viaje a Fóbos. Nos habló de las magníficas defensas del «International Treasure» y de la imposibilidad de un robo.

—De eso puede estar usted completamente segura. Los Bancos del mundo trabajan ahora con toda tranquilidad, ya que las reservas de metales preciosos están aquí fuera del alcance de los que antes podrían atreverse a robarlas...

Hizo una pausa. Luego dijo:

—Pero dejemos eso. Ya tendrá tiempo de verlo todo y convencerse usted misma.

Helen preguntó:

—¿De qué quiere que hablemos?

—De usted.

Helen clavó la hermosa luz de sus ojos azules en los del joven, que se sintió penetrado por aquella mirada.

Después, sonriendo, la muchacha preguntó:

—¿Qué quiere que le diga de mí? Le aseguro que no hay nada interesante en mi vida...

—Estaba pensando — dijo él, súbitamente serio — que de la misma manera que nos ocurre a nosotros, usted tampoco puede contraer matrimonio.

—Es cierto. Uno de los artículos de la SIP lo ordena así: Ningún agente debe estar casado.

—¿No es triste para una muchacha como usted?

—¿Por qué?

Él titubeó.

Se encontraba en una situación confusa, recriminándose su falta de trato con las muchachas y su timidez, ambas nacidas de la prolongada estancia en aquel lugar apartado del resto del mundo.

Pero, haciendo un esfuerzo, dijo:

—Me gustaría poder decirle muchísimas cosas, señorita Curtis: todas esas cosas que un hombre suele decir a una mujer cuando ésta le ha impresionado profundamente... pero no me atrevo.

Ella soltó una alegre carcajada.

—¿Que no se atreve? ¡Si ya lo ha hecho, amigo mío!

—¿Yo?

Ella le tomó por la mano, gentilmente. Luego comentó:

—Le comprendo perfectamente, señor Moles. Y puedo decirle que así como por el momento no he encontrado, quizá porque no me he preocupado, el hombre de mis sueños, no permaneceré en la SIP ni un minuto más desde el instante en que lo halle. Pero, por el momento, deseo trabajar al lado de mis camaradas, serles útil de cualquier manera. Ya se imagina el enorme honor que es para una mujer el estar bajo las órdenes de un hombre como Donald Callowan.

Moles se mordió los labios.

—¿Le admira usted?

—¡Le idolatro!

La piel de Charles cambió de color.

—¡Cómo le envidio! — dijo con convicción.

La presión de la mano de ella sobre la de él se hizo más intensa.

—¡No sea usted niño! Mi admiración por Callowan es la misma que experimentan todos los demás agentes. No hay nada que usted, como hombre, pueda envidiar en ello.

La miró fijamente.

—¿De veras?

Por primera vez notó que ella no estaba tan segura como antes, como si una duda emocional se hubiera apoderado de la muchacha.

Elia no dijo nada, pero siguió mirándole.

Y él, dejándose arrastrar por el impulso que le hacía saltar la sangre en sus venas, como un caballo salvaje, se fue acercando, salvando lentamente la distancia que le separaba de la muchacha.

Ella no se movió.

El tórax del hombre encontró el generoso pecho de ella y muy pronto sintió su respiración, el aliento perfumado que brotaba de los labios de la muchacha.

La besó en la boca, al tiempo que sus brazos la tomaban por la cintura.

Permanecieron así un cierto tiempo; luego ella, rechazándole sin brusquedad, exclamó sin enojo:

—¡Es una locura!

Y él, repleto de gozo, contestó:

—¡Desde luego, Helen! ¡La más hermosa locura que podía habernos atacado jamás!

—Pero... ¡si apenas hace unos minutos que nos conocemos!

—¿Y eso qué importa? ¿Es necesario un siglo para darse cuenta de que hemos nacido el uno para el otro y que el destino ha sido magnánimo y generoso al urdir las circunstancias que nos han reunido aquí... precisamente aquí?

—Puede ser. Pero no olvides que estoy bajo las órdenes de la SIP.

—¿Y qué? — estaba medio loco de alegría al notar que ella le había tuteado también, lo que quería decir que experimentaba por él algo semejante a lo que él sentía hacia ella.

La besó de nuevo con ardor. Luego continuó:

—Puede que tengas razón, querida. Y que tengamos que disimular nuestro amor durante tu visita. Pero, en el momento en que os vayáis de aquí, pediré el traslado y tú harás lo mismo. ¿No es cierto

que lo harás?

—Sí.

—Nos veremos en Washington de aquí a un par de semanas. ¡Yo mismo iré a buscarte a la puerta de la Central de la SIP! Y cuando te tenga junto a mí nada ni nadie podrá separarte.

Unos pasos les obligaron a separarse, adoptando una actitud indiferente.

Era Emil, el jefe de guardianes, que se acercó sonriente.

—Ya están todos instalados, señor — dijo.

—Bien. Yo voy a dejar a la señorita en su habitación.

—¿Quiere algo más de mí?

—Prepare las visitas para mañana por la mañana. Deje las puertas de seguridad abiertas y dispóngalo todo.

—De acuerdo.

Emil Puffer se alejó, sin dejar de sonreír.

Había comprendido que Moles acababa de caer en un cepo que él había evitado cuidadosamente durante toda su vida. Y que ahora, a los cuarenta años, le parecía tan peligroso como a los veinte.

* * *

El silencio había caído sobre el complejo sistema de defensa del «International Treasure»...

La jomada había sido exclusivamente destinada a celebrar la fiesta que John Botts había preparado con motivo de la visita de los muchachos de la «Spacial International Police».

Comidas, sesiones en la cantina, charla amistosa, re-cuerdos que surgían de Callowan o del jefe del «International Treasure». El día pasó rápidamente, sobre todo para Charles, que hubiese deseado que durase una eternidad, ya que tuvo la gran suerte de no moverse del lado de Helen.

No obstante, no se atrevió a decir nada a su jefe, aunque pensaba anunciarle la buena nueva en cuanto los visitantes hubieran regresado a Washington. En cuanto al propio Botts, estaba demasiado contento, charlando y recordando cosas junto a Callowan para prestar atención del romance sentimental que había surgido a su lado.

Se procuró no hablar nada de la organización de la fortaleza del «International Treasure», dejando para el día siguiente la visita de las cámaras acorazadas. De todas maneras, aprovechando una pregunta, que uno de los agentes le hizo, Botts dijo sonriendo a Callowan:

—Todas nuestras defensas están basadas en la certeza de que ha

de ser desde fuera de donde provenga el ataque. Los radares especiales y los otros sistemas de detección, especialmente los focos infrarrojos y los trenes de ondas ultravioletas, trabajan a distancia, señalándonos la presencia de cualquier nave hasta diez mil kilómetros antes de acercarse a la órbita de Fobos. De esta manera, si la nave no ha sido anunciada, como ocurrió con la que les trajo aquí a ustedes, ya que les esperábamos, los métodos de defensa se ponen automáticamente en marcha y una vez que el astrocohetes está a mil kilómetros de distancia, lo que ya indica que se acerca deliberadamente a Fobos, es destruido implacablemente.

—¿Cómo? —inquirió otro de los presentes.

—Cien «missiles» se disparan automáticamente, convirtiendo la astronave en átomos. No hay manera de que nadie se acerque aquí sin nuestro permiso.

—¿Y si se tratase de una astronave extraviada o perdida? ¿Iría igualmente a su destrucción?

—También tenemos estudiada esa posibilidad. Si el objeto extraño nos comunica encontrarse en esas condiciones, uno de nuestros astronautas, tripulados, va en su ayuda, pero para llevarlo a un astrocampo de Marte, sin jamás permitirle que se acerque aquí.

Donald intervino, sonriente:

—Ya os expliqué, muchachos, en mi última conferencia, que es ganas de perder el tiempo el pensar que alguien pudiera asaltar esta, fortaleza donde se encierra la riqueza mundial.

Y levantó la copa para brindar.



UANDO hubieron terminado de cenar, Charles logró escapar, junto a Helen, mientras los otros terminaban las humeantes tazas de café.

Tomando una de las rampas ascendentes, la más lenta, condujo a la muchacha a lo alto de la cúpula transparente, desde donde se dominaba la totalidad de la instalación y, lo que era más interesante, un cielo estrellado, con la gran masa de Marte flotando cerca de ellos.

—¡Qué hermoso es esto!

Él la tomó por el brazo y pasó el suyo después por la estrecha cintura de la muchacha.

—¿Te gusta?

—¡Muchísimo! Debe de ser un lugar ideal para pasar una temporada..., la de la luna de miel, por ejemplo.

—Hay otros sitios más hermosos que éstos — afirmó él —. Y los recorreremos todos.

Ella no dijo nada y él se inclinó y la besó.

El ambiente influía sobre su mente. Y la sangre latía con fuerza en sus venas.

—No creía que se pudiese ser tan feliz — le musitó al oído.

Helen sonrió.

—Debemos retirarnos ya, Charles. Tu jefe podría venir hasta aquí y no le gustaría que estuviésemos en su despacho.

—Como quieras. ¡Al diablo el trabajo y todo lo demás! ¿Por qué no será posible que nos dejen solos a los dos para siempre?

—Terminarías aburriéndote de mí.

—No lo creas.

Bajaron del brazo por la misma rampa que habían tomado a la subida.

Y una vez en el pasillo, ante su habitación, ella comentó:

—Mañana nos iremos, querido.

Charles frunció el ceño.

—Lo sé — contestó tras una corta pausa —; pero, después de todo, a pesar del mal que va a causarme el estar lejos de ti, me alegro

de que pasen los días, ya que así faltará menos para que volvamos a encontrarnos.

Ella tomó el pomo de la puerta y la abrió un poco.

—Hasta mañana, amor mío.

Penetró en la estancia, sin dejar de mirar al joven. Moles, sintiendo que sus piernas se negaban a sostenerle en pie, tenía los ojos clavados en los de la muchacha.

Y sin poderse contener avanzó un poco y penetró a su vez en la habitación.

—¡Espera, Helen, por favor!

—¿Qué quieres, Charles?

—Un beso... el de despedida.

Sonrió la muchacha.

—De acuerdo, pero cierra la puerta. No quiero que nos vea alguien desde fuera...

Charles no daba crédito a lo que oía.

Cerró la puerta, mirando a la muchacha como nunca lo había hecho; luego se acercó a ella, poco a poco, como si deseara prolongar indefinidamente el espacio de tiempo que le separaba de Helen.

¡Y fue entonces cuando lo inesperado se produjo!

Ella no hizo más que un gesto y en su mano apareció una pistola.

Charles abrió los ojos, dilatándolos como platos.

—¿Eh? —fue todo lo que pudo decir.

—¡Basta de farsas, amiguito! — exclamó ella con un tono de voz que era mucho menos agradable que el que él conocía.

—Pero....

—¡Idiota! — sonrió, no obstante —. Aunque después de todo empezabas a parecerme simpático. Pero no hay nada que hacer.

Moles estaba tan profundamente confundido y sorprendido al mismo tiempo que creía a pies juntillas que todo aquello no podía responder más que a unas intenciones mal comprendidas por la muchacha.

Por eso exclamó:

—¡Te juro que no iba a...!

Pero ella cortó:

—¡Cállate, estúpido! ¿O es que no me crees capaz de defenderme sola de un hombre como tú? ¡ Otros más duros lo han intentado y todos salieron mal librados!

—¿Entonces?

Ella le miró, brillando en sus pupilas por primera vez toda la conmiseración que podía haber en ella.

—He venido a robar el Tesoro — dijo.

Esta vez, Helen, si deseaba impresionar al otro, no lo logró, sino que, por el contrario, despertó una risa espantosa en Charles.

—¡Qué cosas tienes, querida!

—¡No me llames así!

—¿Es que te has vuelto loca? Si se trata de una broma, no diré nada a Callowan que, con toda seguridad, se reiría tanto como yo al oírte decir esas cosas...

Fue entonces cuando llamaron a la puerta.

Tres golpes rápidos y tres espaciados.

Una señal, sin duda.

Helen sonrió.

—¡Adelante! — dijo.

La puerta se abrió, lentamente. Charles no pudo separar los ojos de ella, abriéndolos hasta lo imposible, al reconocer al hombre que, pistola en mano, acababa de aparecer en el dintel.

¡¡¡Donald Callowan!!!

¡Donald Callowan con una pistola en la mano y una sonrisa de triunfo en los labios!

—¿No has terminado aún con este mequetrefe? — inquirió.

—Iba a hacerlo, señor.

—Ya no es necesario — replicó el jefe de la SIP —. Lo haré yo.

Y oprimió el gatillo.

Nada más ver salir aquella llamarada rosada y antes de sentir una sensación fría en el cuerpo, Charles se había dado cuenta de que se trataba de una pistola dotada de proyectiles anestésicos, de efecto inmediato.

Se desplomó de golpe y quedó inmóvil.

—Has tardado demasiado — dijo Callowan —. Los otros ya están fuera de combate.

—¿Todos?

—No. Lewis y Harry se están ocupando de los empleados del exterior. Dentro de cinco minutos, el recinto será nuestro.

—¿Y las puertas de los sótanos y de las cámaras?

Una sonrisa afloró a los labios de Donald.

—Las dejaron abiertas desde ayer, para permitirnos una visita, como hacen todos los años.

—Perfecto.

Donald se inclinó un momento, para reconocer la efectividad del proyectil en Moles. Debió satisfacerle la inspección porque sonrió de nuevo.

—Estará — dijo — sin sentido, como los otros, unas diez horas. Lo suficiente para que nos encontremos lejos de la zona de inspección de sus malditos aparatos.

Abandonaron la estancia y fueron hacia donde los otros les esperaban. Harry y Lewis estaban ya allí.

Y fue el primero que se dirigió a Callowan diciéndole:

—Iremos terminado con los guardianes del exterior, señor.

Donald preguntó:

—¿Ha ido bien?

—Perfectamente. Era imposible que desconfiasen de nosotros.

—De acuerdo. ¡A los sótanos! —consultó el reloj—. No tenemos ni un minuto que perder. Cada uno de vosotros sabe lo que tiene que hacer. Y deseo que el trabajo se haya terminado a la hora prevista.

Los descensores les condujeron a las galerías subterráneas, cuyas puertas habían sido abiertas, en previsión de la visita matinal del otro día, ya que los mecanismos de relojería estaban dispuestos de modo a no abrir ninguna de ellas hasta las ocho horas pasadas desde que se manejaban dichos mecanismos.

Como había anunciado Callowan, todos los hombres, y también Helen, sabían lo que hacer.

Y lo hicieron.

Una hora más tarde, cien kilos de oro y otro tanto de platino habían abandonado las cajas blindadas. Para trasladarlo hasta la astronave, no tuvieron que hacer demasiado esfuerzo, ya que apenas llegaba a veinte kilos por persona.

El astronavío estaba preparado y la cúpula abierta, cosa que hizo el propio Callowan, ordenando después a los otros que ocupasen sus respectivos puestos.

Momentos más tarde, el astrocohetes se elevaba, majestuosamente, alejándose a gran velocidad de Fobos, dejando muy pronto atrás las colosales defensas del International Treasure.

¡Se acababa de cometer el más audaz robo de todos los tiempos!

* * *

Quizá debido a su naturaleza nerviosa, fue Charles Moles el primero en recuperarse, diez horas después.

Abrió los ojos.

Su mente estaba completamente desprovista de ideas y tuvo que pasar mucho tiempo antes de que los recuerdos se atreviesen a asomarse, al principio tímidamente, a su conciencia recién despierta.

Después de unos instantes, todo marchó a una velocidad vertiginosa.

La realidad se impuso a él en seguida. Sobre todo porque poseía elementos emocionales, su amor hacia la muchacha, para desencadenar los recuerdos en seguida.

Haciendo un esfuerzo, logró incorporarse. Todavía notó el abotargamiento de los miembros que causaba el anestésico de la bala que le había penetrado en el pecho, sin producirle más que una pequeña herida, sin mayor importancia.

Ahora, ya en pie, pero apoyándose en el respaldo de un silla, fue sintiendo con toda su crudeza el horror de lo ocurrido a medida que su mente trabajaba en una normalidad completa.

¡Santo Dios!

¡Habían robado el Tesoro o, por lo menos, lo habían intentado!

Abandonó la habitación de Helen, sintiendo aún el efluvio maravilloso de su perfume personal. Y dejándose deslizar por una de las más rápidas rampas, bajó hasta el salón central, donde todavía estaba puesta la mesa en que habían cenado la última noche.

Allí estaban gran parte de ellos.

Reconoció en seguida a su jefe, que, como los demás, yacía en el suelo, en una postura cómica. Y procuró, por todos los medios a su alcance, hacer que se recuperase.

Lo consiguió, después de un gran esfuerzo.

Pero tuvo que esperar a que el cerebro de Botts funcionase de nuevo con normalidad. Aprovechó aquellos minutos para ocuparse de algunos de los que yacían en el suelo del salón.

Finalmente y cuando estaba ocupándose de uno de ellos, la voz de John le hizo sobresaltarse:

—¡Charles!

Se incorporó y se acercó a su jefe.

—¿Qué hay?

Había una tal expresión de temor en el rostro da Botts que Moles comprendió de golpe todo lo que le había afectado, al recordar lo que había ocurrido.

Botts se había puesto en pie y andando como un beodo todavía no muy seguro de sus piernas exclamó impaciente:

—¡Vamos a los sótanos, Charles! ¡Ayúdeme!

Moles le tomó del brazo y lo llevó hacia uno de los ascensores, que les condujeron a la planta última, junto a la abierta entrada de las cámaras blindadas.

Les bastó una simple ojeada para comprender lo que había ocurrido. Estaban tan acostumbrados a pasar revista a las riquezas de las cajas fuertes, que advirtieron, sin necesidad de cálculos, lo que se habían llevado.

—¡Dios mío! — exclamó Botts, sujetándose aún con más fuerza al brazo de Charles —. ¡Debemos estar soñando!

Luchaba lo indecible contra aquella palpable y cruda realidad, negándose a creerla. Y no por el oro desaparecido, sino por lo otro...

Sus manos temblaban como si se viese atacado por una crisis de malaria.

Y Moles, que estaba pensando en lo mismo que «i, sin maldad, pero para dejar las cosas en su sitio, dijo:

—Yo no sé qué pensar, señor... pero fue el jefe de la SIP quien disparó contra mí.

John dijo, con tristeza:

—También disparó contra mí, Charles.

Y éste, pensando por primera vez en la posibilidad de una suplantación opinó:

—No debe de ser él, ¿verdad?

Botts se irguió, con el rostro blanco como el papel, pero con un brillo decidido en los ojos. Luego, tras una pausa, exclamó:

—¡Qué más quisiera yo que eso fuera cierto! ¡Era él, Moles! ¡Él! ¡Sin ningún género de dudas! Le conozco hace años y, si se hubiera tratado de una suplantación, yo hubiese sido el primero en darme cuenta...

—Pero...

—Ya comprendo lo que está pensando, amigo mío. Parece increíble, ¿verdad? Sin embargo, era él: Donald Callowan, mi viejo amigo. ¡Y eso es lo que no puedo comprender!

Moles preguntó:

—¿No estaría bajo el efecto de una acción hipnótica o algo semejante?

—Lo ignoro.

Hubo un nuevo silencio.

Después John propuso:

—Sea como sea, hemos de comunicar lo ocurrido al Consejo Mundial. Para mí, todo esto significa el deshonor y tendré que presentar mi dimisión...

—¿Usted no ha tenido culpa alguna!

—Puede que su opinión tenga algo de cierto; pero, en realidad, debíamos haber desconfiado de todo: incluso de los hombres de la SIP.

—Estoy temblando ante el enorme escándalo que va a originarse.

—También tiemblo yo al pensarlo. Pero, si Donald ha cometido un error, ya sabrá justificarse... aunque le va a ser bastante difícil.

—No intenta usted decirme que ha obrado consciente y voluntariamente, ¿verdad?

—No sé qué pensar. Yo siempre creí en él, considerándole el hombre más honrado e íntegro que ha existido jamás. Pero los hombres cambian, mucho más de lo que nosotros mismos imaginamos...

Y tras un largo silencio dijo:

—Tenemos que ir a la sala de transmisiones y comunicar lo ocurrido a las autoridades mundiales.

—Vamos.

Regresaron al centro del edificio. Casi todos los hombres se habían recuperado y miraban a su jefe, sin saber qué decir. Para evitar equívocos, John les reunió, y les explicó rápidamente lo que había ocurrido. Después les rogó que volviese cada uno a su puesto.

Luego, seguido de Moles, fue a la Sección de Transmisiones, cuyo empleado estaba ya dictando el más triste mensaje que se había enviado jamás.

Mientras las palabras volaban por el espacio, John pensaba en Callowan, en los tiempos pasados en que habían sido excelentes amigos, cuando la SIP no era más que una idea nacida de la mente fecunda de Donald, cuando éste luchaba personalmente, mientras se formaba la primera promoción de agentes.

Todo aquello se había deshecho. Por completo.

No obstante, Botts esperaba que Callowan pudiera justificarse, ya que, a pesar de lo ocurrido, seguía sin creer que Donald hubiera obrado con mala fe.

¿El jefe de la SIP un ladrón?

El mundo entero se hubiese reído a sus barbas si se hubiera atrevido a hacer aquella pregunta.

No obstante...

Volvió a su despacho, después de haber enviado el mensaje.

Siempre acompañado por Moles, recordó los momentos que acababa de pasar junto a Callowan, examinando detenidamente cada detalle, haciendo lo imposible por encontrar en la actitud de Donald un gesto, algo que no fuese suyo, que permitiese dudar de su verdadera identidad.

Pero, sonriendo tristemente, tuvo que convenir en que el Donald Callowan que le había atacado era el verdadero, el mismo que conocía.

Sin ningún género de dudas.

Por su parte, Charles, sentado frente a su jefe, en idéntica postura reflexiva, estaba también recordando a la mujer que había sabido despertar su entusiasmo, haciéndole creer que había encontrado, por fin, lo que tanto deseaba.

Se consideraba burlado y aquello era lo que más dolor le producía.

Hubiese preferido que Callowan disparase sobre él, pero sin enterarse de que Helen jugaba el mismo juego que el jefe de la SIP. Ahora, su recuerdo estaba mancillado, aunque no comprendía cómo una muchacha tan encantadora, agente de la SIP además, podía haber caído tan bajo, convirtiéndose en una delincuente que todas las policías de todos los planetas le perseguirían muy pronto.

¿Todas las policías?

Aquello le llevó a preguntarse quién iba a hacerse cargo de la SIP, una vez que Callowan fuera detenido y expulsado de la organización de la que hasta entonces había sido el jefe.

Y en voz alta opinó:

—Le condenarán seguramente, ¿verdad?

John levantó la cabeza, mirando a su ayudante.

—¡Pobre Callowan. — exclamó, sin poder contenerse —. ¿Cómo ha podido llegar a jugarse lo que más amaba? ¿Qué ráfaga de locura se ha apoderado de él para convertirle en un criminal de baja estofa?

CAPÍTULO IV



LGO así como una sensación de frío fue lo que le hizo estremecerse, hundido aún. Como estaba en lo hondo de una inexplicable inconsciencia.

Todavía no marchaba idea alguna en su conciencia, aunque empezaba a encontrarse, en ese cúmulo de sensaciones que dan idea de uno mismo, como suele ocurrir al salir de los efectos de una anestesia local.

Su voluntad obligó al cerebro al ordenar un despertar pronto. Y así, poco después, casi completamente consciente, abrió los ojos.

Era de noche.

La oscuridad que le envolvía sólo estaba maculada por las estrellas del cielo y unas luces lejanas, que debían corresponder a algún pueblo o ciudad.

No tardó mucho en darse cuenta de que estaba sentado en la parte delantera de un coche, ante el volante, donde apoyaba ahora sus manos. El vehículo, con todas las luces apagadas, estaba junto al borde de una carretera, que debía ser poco frecuentada, ya que durante el tiempo que empleó para recuperarse por completo no vio ningún otro coche.

De nada le sirvieron los esfuerzos que hizo para recordar algo concreto. Parecía como si su memoria padeciese de una solución de continuidad, desde el momento, que debía ser lejano, en que salió de su despacho, yendo, como de costumbre, a dar un paseo por las orillas del Potomac.

¿Qué había ocurrido después?

El temor de haber sido inutilizado por alguien se apoderó de él; pero, después de todo — se dijo —, ¿Qué podían haber conseguido manteniéndole al margen por unas horas?

No debía temer nada por la SIP, ya que la Central era completamente inviolable. En cuanto a lo que hubiera podido ocurrir si había sido raptado, Callowan había dado instrucciones concretas, sabiendo que si algo así ocurriese, nada podrían lograr los autores de una estupidez semejante.

¿Entonces?

No, no podía explicarse lo ocurrido. Y lo mejor era regresar a Washington y enterarse así de lo que los autores de su rapto habían intentado conseguir al hacerlo.

Puso el coche en marcha con facilidad y se dirigió hacia la zona luminosa que se distinguía allá lejos. Durante cerca de media hora, llevó al vehículo por la carretera, a una velocidad inferior a la que hubiera deseado, ya que el coche era de tipo antiguo.

Al llegar a la ciudad sonrió, pero frunció el ceño, al darse cuenta de que estaba en los arrabales de Washington.

No le habían llevado muy lejos.

Al consultar entonces el reloj, se percató de que se había parado, lo que parecía indicar que había estado inmóvil durante mucho tiempo.

Las calles desiertas le demostraron que era muy tarde y que la madrugada había empezado.

Conduciendo suavemente, penetra por Lincoln Avenue. Frenó ante un pequeño bar que estaba aún abierto, porque sentía necesidad de tomar algo, ya que tenía el estómago completamente vacío.

Desde allí pensaba telefonear a la SIP, ordenando que enviasen un vehículo oficial en su busca.

El bar estaba casi completamente desierto. Sólo un par de hombres, que charlaban quedamente en un rincón, ocupaban el fondo del local. Callowan tomó asiento y se hizo servir unos hamburgueses, cerveza y una taza de café cargado.

Lo que más le extrañaba era la poca prisa que sentía por regresar a la Central. Ahondando en aquella extraña idea, se encontró con algo inexplicable, como si una intuición rara le previniese de un confuso peligro.

Encendió un cigarrillo y al mirarse en un espejo vio que una barba de muchos días cubría su rostro. Su traje estaba arrugado, como si no se lo hubiese quitado desde hacía mucho tiempo.

¿Qué había ocurrido? ¡Inútil romperse la cabeza!

Sobre todo cuando era tan sencillo llamar por teléfono a la SIP y enterarse en seguida de todo.

Pero...

Intentó luchar, vanamente, contra aquella sensación enfermiza que le dominaba. Por último, se decidió a esperar, ya que las primeras luces del alba empezaban a ensuciar de gris la negrura de la calle, haciendo palidecer las luces del local.

A medida que el día fue llegando, hombres y mujeres penetraron en el local, desgarrándose brutalmente la tranquilidad que hasta entonces había remado allí.

Poco después, los empleados de la mañana relevaron al soñoliento «barman» y uno de ellos encendió la pantalla de la televisión, dispuesto a dar a los clientes, cada vez más numerosos, las primicias de las noticias y los primeros programas televisados.

Hubo un poco de música y un corto boletín transmitido desde Venus.

Y de repente...

El rostro de un locutor ocupó la pantalla. Y su voz resonó en medio del silencio que se había hecho.

«Iniciamos aquí, señoras y señores, nuestro primer boletín de noticias. Una de ellas acapara ahora la atención del mundo entero. Y estamos seguros de que eclipsará a todas las demás. Ayer, en contra de todo lo que podía esperarse, fue robado el «International Treasure», en Fobos. Como todos ustedes saben, esta fortaleza había sido construida con la seguridad de que nadie podría penetrar allí jamás. En efecto, ninguna banda, por audaz que fuese, se habría atrevido a acercarse a Fobos. Sus defensas hacían de ese lugar el sitio más inviolable del mundo. Los tesoros de los Bancos Nacionales y los del Consejo Mundial estaban fuera del alcance de cualquier ladrón. No obstante, el «International Treasure» ha sido objeto de un asalto. Todavía no sabemos exactamente, ya que las autoridades guardan un celoso silencio sobre ello, la cantidad robada. Pero sí conocemos otros detalles, que van a constituir la noticia más sensacional de todos los tiempos. Hace dos días, como suele ocurrir todos los años, un grupo de agentes de la SIP, acompañados por su jefe, visitaron Fobos. ¡Y han sido ellos, precisamente, los autores del robo! Callowan, el, personaje más popular y querido de todos estos tiempos, ha traicionado al mundo, convirtiéndose en un ladrón, cuando el mundo entero había depositado su confianza en él. Las declaraciones recogidas del jefe del «International Treasure», antiguo amigo de Callowan, así como de los demás empleados, no dejan lugar a dudas. En estos momentos, el Consejo Mundial, que se ha hecho cargo de la dirección de la SIP, está buscando al culpable. Donald Callowan desapareció, hace cuatro días. No regresó del paseo que, habitualmente, daba por las orillas del Potomac. Su detención, su proceso y su castigo demostrarán al mundo que el delito es seccionado y aniquilado, sin que la posición oficial o

social del culpable cuenten en ello para nada...

Hubo exclamaciones de rabia, cuando el locutor terminó. Y Donald pudo comprobar que las opiniones estaban hondamente divididas.

Uno de los hombres dijo:

—¿Qué se creía? Eso ocurre siempre: en cuanto das confianza a un tipo, te la juega en cuanto puede.

Intervino una mujer:

—¡Yo no puedo creer que Callowan se haya convertido en un delincuente! Ha trabajado toda su vida en la lucha contra el crimen... y no es hombre que se deje llevar por un puñado de oro.

Su interlocutor soltó una grosera y sonora carcajada.

—¿Un puñado de oro, buena mujer? ¡Puede usted estar segura de que se han llevado muchos kilos!

El barman sonrió.

—Cada criminal tiene su precio. Y Callowan ha debido cargarse para justificar su delito.

Una sensación dolorosa penetró en el corazón del jefe de la SIP.

Levantándose, fue hacia la barra, dejó un billete sobre el mostrador y salió.

La luz del día le hizo entornar los ojos.

Durante un par de minutos, permaneció inmóvil, junto al coche. Por primera vez, miró al vehículo, interesándose por su aspecto y sus detalles, esperando ver en él algo que explicase el vacío que había en su cerebro.

Pero fue inútil.

El coche era de un tipo vulgar y los que le habían dejado en él no iban a ser tan tontos como para dejar huellas que revelasen su personalidad.

Se encogió de hombros.

Luego, decidiéndose, subió al vehículo, lo puso en marcha y se dirigió serenamente hacia la Central de la SIP.

Parecía que estaba tremendamente cansado y nada de lo que veía y -a ya llamarle la atención. Por suerte, la barba y desastroso aspecto ocultaban su personalidad. Incluso uno de los agentes de tráfico que le conocía, le miró con indiferencia al parar el coche junto al semáforo que acababa de encender su luz roja.

Momentos después, detenía nuevamente el vehículo a la entrada de la SIP, junto al agente uniformado que lo obligó a parar.

— ¡Dónde va usted? inquirió el agente.

Una sonrisa de tristeza entreabrió un poco los labios del jefe de la SIP. Luego preguntó con voz clara:

—¿No me conoces, Curton? Soy Donald Callowan.

—¡Señor!

Había abierto desmesuradamente los ojos y una expresión de indecible sorpresa se pintó en su rostro.

Fueron unos momentos de dolor para Donald. Después, el agente, sacó la pistola, sin atreverse, no obstante, a levantar el cañón hacia Donald...

—Lo lamento, señor — dijo con un hilo de voz —, 'pero debo detenerle.

Donald dijo:

—Lo sé. Llama al jefe de guardia: ¿No es Collins?

—Sí, señor. Pero...

Donald volvió a sonreír.

—Comprendo— dijo, abandonando el vehículo y pasando a la amplia garita—. No temas, no voy a escaparme... Llamaré yo mismo a Collins.

Pero el otro, levantando el arma y tremendamente pálido gritó:

—¡Quieto o disparo!

Y levantando la mano, oprimió el botón de alarma.

La puerta se cerró sola, empujando un tanto al viejo vehículo que había quedado demasiado fuera.

Instantes después, un grupo de agentes llegaba a toda velocidad precedidos por Collins.

El jefe de la patrulla de guardia reconoció en seguida a su antiguo jefe, a pesar de la barba y del traje sucio y maculado.

— ¡Señor Callowan!—exclamó, no dando crédito a lo que veía.

Después preguntó:

—¿No lleva armas, señor?

—Puedes comprobarlo tú mismo, Collins.

Se leía en la faz del agente un dolor sincero por lo que sucedía.

No obstante, se acercó a Callowan y lo registró detenidamente; después, con una sonrisa que no era más que un gesto, anunció:

—Está bien. Tenga la amabilidad de seguirme.

—¿Es que no va a esposarlo? — preguntó el agente que estaba de guardia en la puerta.

Collins no dijo nada, pero fulminó al otro con la mirada.

Mientras recorría el amplio parque que les separaba de la Central — los edificios de la Escuela se veían detrás de los árboles —, Callowan sintió como si su vida de jefe de la SIP hubiera sido un sueño o algo tan lejano que no pudiese precisar con exactitud el tiempo transcurrido desde entonces.

Era como si su nueva posición fuese la real, la que le correspondía. Y aunque le costaba muchísimo verse metido en la piel de un delincuente, encontraba, paradójicamente, más normal su actual situación que la anterior.

Cuando penetró en su despacho, se encontró en su sitio a un hombre al que conocía bastante, ya que había hablado infinidad de veces con él.

Se trataba de Dan Flecher, el Delegado de Justicia del Consejo Mundial que, por lo visto, se había hecho cargo de la jefatura de la SIP.

El hombre le miró con asombro y estuvo a punto de decir algo amable; pero sus rasgos se endurecieron casi en seguida.

Y con un gesto ordenó dando a su voz un tono áspero:

—¡Siéntese!

Donald obedeció.

Hubo un silencio pesado como una losa.

Collins y dos agentes más estaban junto a Callowan, a ambos lados del sillón que éste ocupaba. Una atmósfera de insólito flotaba sobre la estancia.

Hasta que Flecher rompió el silencio.

—No creo que debamos perder el tiempo, Callowan, puesto que ha tenido la buena idea de presentarse usted mismo. Además, ha hecho usted tantos interrogatorios que estoy seguro que iremos directamente al grano.

Y como Callowan no dijese nada el otro preguntó:

—¿Dónde está el dinero?

—No lo sé.

Dan se mordió los labios.

Luego dijo:

—Quizá sea mejor escuchar su versión. Porque estoy seguro de que ya la habrá preparado.

—No he preparado nada. Hace cuatro días salí de paseo, como solía hacerlo cada día. Llegué al Potomac... y no me acuerdo de más.

Flecher sonrió.

—¡Divertido! Eso quiere decir que debió ser drogado o

hipnotizado, algo así, ¿verdad?

—Lo ignoro.

—¡Desde luego!

Y tras una pausa continuó:

—Por lo visto, intenta hacemos «tragar» esa historia. Olvida, Callowan, que sus muchos años de trabajo en la SIP ablandarán al jurado y que se tendrá en cuenta, todo lo que ha hecho por la humanidad.

—No soy culpable... al menos conscientemente.

—Está bien. Pasará a juicio dentro de unos días. Tiene usted tiempo de reflexionar un poco. Nos interesa saber dónde están el oro y el platino robados, quiénes fueron sus cómplices y dónde se encuentran.

—No sé nada de eso.

Dan frunció el entrecejo, con expresión colérica.

Y mirando a Collins exclamó:

—¡Encerradlo!

Sacaron a Donald y lo llevaron a los sótanos, donde lo encerraron en uno de los calabozos.

La puerta se cerró sólidamente.

* * *

Pat Sullivan, el viejo doctor de la SIP, el amigo íntimo de Callowan, descendió en el ascensor precedido por un agente. Poco después penetraba en la celda que ocupaba el antiguo jefe de la SIP.

Donald estaba sentado en el borde del camastro y levantó la mirada al oír abrirse la puerta. Miró intensamente al hombre que acababa de entrar.

Deteniéndose junto al umbral, mientras el agente cerraba la puerta, Pat Sullivan contempló largamente a Callowan. Después se sentó frente a él, en una silla fija que había al lado de la pared.

El médico había dejado un maletín gris en el suelo y se mantuvo en silencio durante unos minutos.

Después saludó:

—¡Hola, Donald!

—Hola, Pat — repuso Callowan con voz apagada.

—Me han mandado venir para hacerte una exploración y unos análisis. Ya supones cuáles, ¿verdad?

—Si.

Una nueva pausa, tan dolorosa como la anterior. Luego, Sullivan preguntó:

—¿Qué ha ocurrido, Donald? ¡Por el amor de Dios!

—No lo sé.

—Sabes que es imposible que te hayan hipnotizado, puesto que tomaste, hace sólo quince días la dosis mensual de «antihipnosina» (3).

—Es cierto.

—¿Entonces?

—No lo sé.

—¿Es que no puedes demostrar tu inconsciencia de otra manera?

—No lo creo. Por lo que sé, estuve en Fobos con un grupo de falsos alumnos, disparando personalmente contra Botts y su ayudante. Eso es lo que me han dicho.

—Es cierto. ¿No lo recuerdas?

—No.

—¡Pero es imposible, Callowan! Si no te han podido hipnotizar, te habrán dado alguna droga. Y para eso estoy aquí, para demostrar tu inocencia.

—Puedes empezar cuando quieras.

Pat se puso en pie y remangó la manga de la camisa de Callowan. Abrió después el maletín y sacó una serie de ventosas que aplicó sobre el brazo de su amigo. El cristal se coloreó casi inmediatamente de sangre.

—Puedo hacer los análisis aquí mismo — dijo, mientras iba despegando, una por una, las ventosas —. He traído lo necesario.

—Gracias.

Pat utilizó la mesa. Enchufó una especie de microscopio con el que fue observando las muestras de sangre que sacaba de las ventosas. Después coloreó algunas de ellas y trabajó en silencio, sin mirar ni una sola vez al otro.

Callowan le observaba, inmóvil como una estatua.

Sullivan prosiguió investigando y anotando los resultados que iba obteniendo.

La expresión de su rostro no había sufrido cambio alguno, pero el brillo de sus ojos se hizo mate, perdiendo la luz que había en ellos cuando, al principio, la esperanza latía en su corazón.

Levantó la mirada del microanalizador.

—No hay nada, Donald.

—Lo suponía.

—Si te hubieran inyectado cualquier clase de droga, para hacerte perder la voluntad, el microanalizador lo hubiera hallado. No, Callowan, todo está contra ti: los análisis demuestran que obraste con plenas facultades mentales.

—No recuerdo nada, Pat. ¿O es que no me crees?

—Nunca he dejado de creerte, amigo mío. Pero ahora, sintiéndolo mucho, he de inclinarme. Porque este aparato no puede mentir. ¿Por qué hiciste eso, Callowan?

—No hice nada.

—Te observará un psiquiatra y llegará, estoy seguro, a la conclusión de que sigues estando tan normal como siempre. ¿Qué ha podido ocurrirte para hacer eso? ¡Porque lo extraño es que te hayas presentado!

—Poco valdrá mi rasgo, Pat. Y tú lo sabes.

—Desde luego. El haberte presentado, sin confesar la verdad, no te será de gran utilidad en el juicio. Flecher asumirá el ministerio fiscal... ¿lo sabías?

—No, pero me lo imaginaba.

—Será muy duro contigo, Donald.

—Lo sé.

—Y pedirá al Jurado la máxima pena.

—Desde luego.

La mirada de Pat se llenó de tristeza.

Luego pidió:

— ¿No quieres decírmelo a mí, amigo mío?

Callowan le devolvió la mirada con idéntica intensidad.

—No puedo decirte nada, Pat... Porque, sencillamente, no sé nada.

Sullivan suspiró. Recogió en un abrir y cerrar de ojos sus aparatos, tubos y ventosas, y lo encerró todo en el maletín. Luego, con él en la mano y ya junto a la puerta dijo:

—Te deseo mucha suerte, Donald.

—Gracias.

El agente acababa de abrir y Pat salió, sin volverse, pero con los hombros inclinados, como si soportase un peso imposible sobre ellos.

La puerta volvió a cerrarse.

Y Donald se dejó caer sobre el lecho y cerró los ojos, haciendo un poderoso esfuerzo por alejar el cúmulo de ideas depresivas que, como un torrente, se precipitaba en su febril cerebro.

Pero no consiguió nada.

Y ya tarde, por la noche, después de dar vueltas y más vueltas, empezó a dudar de sí mismo. Porque si había estado en Fobos, era, indudablemente, culpable.

¡Culpable!

Se estremeció...

CAPÍTULO V



A estatua de Siva, la diosa del Amor y de la Muerte, estaba al fondo de la estancia, completamente en oro, con sus seis brazos que le prestaban un aspecto monstruoso o informe.

Como una criatura de pesadilla.

El hombre estaba más acá, sentado sobre unos cojines, a estilo oriental, con un cigarrillo en los labios y los ojos entornados, en actitud de recogimiento.

Había una biblioteca moderna que corría a lo largo de las paredes, dejando entre su parte superior y el techo el espacio suficiente para mostrar unas telas de artistas prestigiosos, orientales y occidentales, que demostraban el buen gusto de su poseedor.

Y entre los cuadros, exactamente entre una tabla de Li-Sing, un modernista chino y un capricho de Goya, estaba la única fotografía de la estancia: una foto de un hombre de unos cincuenta años, de cabellos casi completamente blancos, ojos azulados, más grises que azules, con brillos de acero, cejas pobladas, nariz y mentón regulares.

Aquella fotografía estaba siendo examinada por un hombre sentado sobre los cojines con los ojos medio entornados. Y que lo cierto era que estaba contemplando detenidamente aquel retrato.

La foto era grande y estaba enmarcada con gran lujo. En la parte inferior derecha, con escritura viril, había una dedicatoria sencilla, terminado con una firma amplia:

A Dad Tavore, amistosa y sinceramente.

Donald Callowan.

Dad Tavore, el jefe del Sector Oriental de la Spacial International Police, seguía contemplando el retrato de Callowan. Era el único agente que poseía poderes hipnóticos y telepáticos y había contribuido, en muchísimas ocasiones, a resolver casos difíciles que le eran planteados a la SIP.

Hacía muy pocos minutos que la Televisión había transmitido un programa especial en el que se anunciaba, para el día siguiente, el juicio contra el que había sido el hombre más querido, respetado y, al mismo tiempo temido, de todo el mando. Lo que ocurría ahora era como una pesadilla.

Y Tavore, con los ojos entornados, se estaba preguntando si era posible que Callowan hubiera terminado de ser el que había sido para convertirse en un vulgar delincuente.

No podía creerlo.

Por lo que había dicho el locutor, Callowan no podría defenderse de las acusaciones que le serían formuladas por el ministerio fiscal. Y era aquello precisamente lo que le extrañaba al indio, ya que, conociendo al que había sido hasta entonces su jefe, sabía que nada ni nadie podía ponerse frente a Donald para acusarle de la menor falta.

Estaba completamente seguro de que Callowan era víctima de algo nuevo, de una forma de hacer que le había obligado a jugar, inconscientemente, el papel de ladrón en la Base de Fobos, apoderándose por orden de alguien de una rica parte del International Treasure.

La prueba de que Callowan había sido objeto y juguete pasivo de una voluntad superior estaba en la sencilla manera que el jefe de la SIP había tenido para presentarse, como sólo hacen los que están completamente seguros de su inocencia.

Dad se puso en pie.

Iría.

Estaba dispuesto a asistir al juicio y a ponerse a las órdenes de

Callowan, aunque tal cosa le costase la expulsión de la SIP. Amaba demasiado a su jefe para creer, lo dijese quien fuera, que Donald no era ya el mismo hombre, el que desde hacía tantos años luchaba sin descanso contra el crimen.

* * *

El lugar estaba apartado, junto al lago, en Illinois, donde sólo había una casa en medio del bosque que llegaba casi hasta al borde del agua.

Allí vivían los dos hombres más temidos del SIP. Carlo Daveira estaba lanzando sus cuchillos, clavándolos con una precisión matemática en un árbol, en el que iba desalojando uno para que el otro penetrase profundamente en el lugar exacto que el anterior ocupaba.

Junto a la orilla, Dick Doe, su amigo, pescaba pacientemente, pendiente de las sacudidas del hilo y con la mano en la manivela del carrete, dispuesto a tirar en cuanto algo tocase el anzuelo.

Dick Doe y Carlo Daveira.

Dos hombres que la SIP no empleaba más que en última instancia, cuando los delincuentes cometían el enorme error de atentar contra la vida de un agente. Sólo en tales circunstancias, el teléfono de la casa sonaba y los dos amigos dejaban aquel rincón del paraíso para ponerse en marcha, con la exactitud de un mecanismo de relojería, no deteniéndose hasta que la muerte había terminado con los agresores de la SIP.

Por eso, aquellos dos hombres eran los más temidos de todos. Y saber que el «Servicio de Ejecuciones» — así se llamaba la famosa pareja — se ponía en marcha, era suficiente para que muchos hombres, de los que creen que estar al margen de la ley es lo más cómodo y sencillo, se echasen a temblar, escondiéndose, aunque nada tenía que ver con aquello, hasta que Doe y Daveira habían regresado a pescar junto a su casita campestre.

El ruido del helicóptero hizo que Doe levantase la mirada, para volver de nuevo a posarla sobre el flotador que marcaba el lugar donde su sedal se hundía en las aguas.

Por el contrario, Carlo siguió al aparato, hasta que ésta lanzó, a poquísima altura, el paquete de periódicos y revistas que una vez por semana llevaba a los agentes, que no hacían funcionar, por principio, ni la radio ni la televisión.

Lanzando el último cuchillo, llevaba seis en un cinturón especial, hecho con cuero cordobés, Daveira corrió hacia el paquete que había caído a unos diez pasos del árbol que le servía de blanco.

Y fue al inclinarse cuando leyó parte de los titulares, en grandes letras, de uno de los periódicos:

DONALD CALLOWAN SERA JUZGADO MAÑA...

El doblez de la hoja impedía leer el resto; pero, para Carlo, había ya suficiente con lo que veía.

Desgarrando la faja que cubría el paquete, desdobló el primer periódico, pudiendo entonces leer totalmente lo que ocupaba más de la mitad de la primera página

*DONALD CALLOWAN SERA JUZGADO
MAÑANA POR LA MAÑANA*

El ex jefe de la SIP, acusado de haberse apoderado de una importante cantidad de oro y platino de la Reserva Mundial del International Treasure, será juzgado en Washington mañana a las nueve. El fiscal nombrado para el caso, señor Dan Flecher, perteneciente al Consejo Mundial, asegura que Callowan no puede defenderse de las acusaciones que le serán imputadas y que exigirá al Jurado la máxima pena.

La expectación despertada por el juicio es enorme, debido, como los lectores se imaginarán fácilmente, a la popularidad del encausado. Desde primeras horas de la tarde de ayer...

Carlo dejó de leer.

Un sudor frío cubría su frente y, por primera vez en su vida, descubrió que temblaba, comprendiendo que tenía miedo.

Se dirigió hacia el lugar donde estaba Doe y, sin decir palabra, dejó caer sobre las rodillas de su amigo el periódico que acababa de leer.

Dick Doe leyó los grandes titulares, levantando después la cabeza para clavar su mirada en los ojos de Carlo.

—¿Qué broma de mal gusto es ésta, muchacho?

—No creo que se trate de ninguna broma, Doe.

—¡Pero si es imposible!

— Ha debido ocurrir algo terrible...

Un pez acababa de picar y la caña se estremeció, bruscamente;

pero Dick, sin hacer caso, lo soltó todo, dejando que el bambú fuese arrastrado hacia las aguas del lago.

Se había incorporado, pálido como el papel.

—¿Entiendes algo? —inquirió.

—Nada.

Una pausa; después Doe dijo:

—¡Vamos! Tenemos que saber la verdad.

—¿Y si lo fuese?

—¿Te has vuelto loco?

—Perdona.

—Callowan no ha podido hacerlo, al menos conscientemente. Y si alguien ha jugado con él, va a pagarlo muy caro.

Se dirigieron directamente hacía el garaje, donde tenían un poderoso vehículo.

—Ese fiscal parece muy seguro —dijo furioso el portugués.

Doe cerró los puños.

—¡Que tenga cuidado! Porque su seguridad puede acabar entre mis manos, aunque sea lo último que haga en esta vida.

Subieron al coche, sin preocuparse en hacer ningún equipaje.

—Sigo sin entenderlo...

Doe no contestó. Había puesto en marcha el vehículo y, una vez en el camino, aceleró, como si se encontrase en plena competición de velocidad, lanzando el vehículo como una exhalación, hacia la autopista que pasaba a media docena de millas de la casa.

No despegaron los labios durante todo el viaje.

* * *

Iko Namura llegó al espaciódromo de Washington al mismo tiempo, aunque en distinto cohete, que André y Charles, la pareja que era conocida en la SIP con el simpático nombre de «Chispas».

Los dos franceses formaban la dirección del Departamento de Investigaciones Electrónicas, dependiente de la Spacial International Police, pero con sede en París.

Iko Namura, uno de los pilares del Servicio, profesor de judo y valiente hasta lo indecible, sonrió al ver a los dos muchachos galos que se dirigían hacia la salida.

—¡Eh! —gritó, avanzando hacia ellos.

Se abrazaron como viejos camaradas y tomaron el mismo vehículo, que les trasladó hacia el interior de la ciudad.

Una vez en el coche, Iko preguntó con expresión sombría:

— ¿Cómo os habéis enterado?

—Nos llamó Doe. ¿Y tú?

—Me lo comunicó Tadore. Él debe haber llegado ya.

—¿Vamos a la Central (4)?

—No. Tadore nos citó en el Hotel Ritz.

—De acuerdo.

No dijeron nada más. Y André, que no dejaba de fumar, les hizo una seña cuando el coche se acercaba al hotel. Momentos después, una vez en el «hall», Tadore y la pareja del Equipo de Ejecuciones, se acercaban a ellos.

Se estrecharon cálidamente la mano. Luego, el indio dijo:

—Subamos a la habitación de Daveira. Es la más espaciosa y podremos charlar allí tranquilamente.

El ascensor les dejó en la séptima planta. Poco después penetraron en la habitación del portugués. Éste les sirvió bebidas y se sentó después junto al grupo.

Estaban allí reunidos los hombres más capaces de la SIP, la élite de los agentes.

Habló Tadore:

—Ya sabemos todos que el Viejo ha sido acusado y que mañana será juzgado. Parece ser que las pruebas que el fiscal posee contra él son tan evidentes que no tiene posibilidad alguna de salvarse.

Nadie dijo nada.

Y el indio, con un extraño brillo en los ojos, dijo:

—Todos nosotros estamos convencidos de que el Viejo ha sido objeto de una sucia jugarreta, pero ya sabemos que con las pruebas, si ciertamente le son adversas, será castigado, ya que las Leyes son iguales para todos, sea la que fuese la posición del encartado.

André se irritó.

—¿Pero es que no pueden tener en cuenta todos los sacrificios y desvelos del Viejo para con la sociedad?

—Eso no cuenta — repuso el indio —, si Callowan hubiese delinquido.

—¿Es que el Consejo Mundial no tiene confianza en un hombre como él, que ha demostrado ser incorruptible hasta lo inconcebible?

—Vuelvo a decirte que toda la buena conducta es viene abajo en el momento que un hombre se pasa a las filas de los enemigos de la sociedad. Sabéis que ha habido ocasiones en que altos miembros del

Consejo Mundial fueron juzgados, condenados e incluso ejecutados por delitos varios. ¿Por qué no se obraría igual contra Callowan?

—¡Pero él no ha asesinado a nadie!

—Lo sé. No obstante, lo que podía considerarse como atenuante, su posición relevante en la SIP, se volverá contra él, convirtiéndose en agravante, ya que, según los hechos, se valió de su calidad de jefe de la Spacial International Police para penetrar en la fortaleza y robar parte del «International Treasure».

—¡Eso no puede ser cierto! —gruñó Daveira.

Y el indio, con un asomo de sonrisa, dijo:

—¿Es que crees, Carlo, que yo le ataco?

—Ya sé que no.

—Lo que quiero es meteros en la cabeza que todo está contra el Viejo... y que, tal y como van las cosas, no saldrá bien parado.

—¿Y qué vamos a hacer nosotros? —inquirió Dick.

Hubo una pausa; luego, Tadore propuso:

—Lo mejor que podríamos hacer es no asistir al juicio; es decir, he pensado que sólo yo debía ir.

—¿Por qué?

—Porque nadie sabe que estamos aquí. Y nuestra presencia, sin ser convocados, podría despertar sospechas. Sé que ha sido dictada una orden por el nuevo jefe de la SIP, Dan Flecher, prohibiendo la asistencia al juicio a los agentes. Quiere evitar como fiscal que los muchachos sientan simpatía por el Viejo y protesten en plena audiencia, promoviendo escándalos que la Prensa podía aprovechar en contra del fiscal.

—¡Granuja!

—No. creo que lo sea. Lo que ocurre, sencillamente, es que Flecher es un ambicioso que desea hacerse cargo de la SIP. Y ahora, cuando ha encontrado en su camino una ocasión de conseguir lo que quería, se prepara para evitar imponderables que podrían oponerse a sus propósitos.

—No deja de ser un granuja.

Dad sonrió.

—Dejemos eso ahora... ¿Estáis de acuerdo en que yo vaya al juicio?

—Desde luego. Pero ¿qué piensas hacer?

—Conocer la verdad.

Le miraron, con respeto.

Luego Doe preguntó:

—¿Vas a utilizar la telepatía?

Tavore asintió.

—Sí. Ahondaré, por primera vez en mi vida, la mente del Viejo, sin que él se dé cuenta. Quiero conocer la verdad.

—¿Qué quieres decir? —inquirió el japonés.

—Ya os lo diré mañana por la tarde, cuando salga de la sala de audiencia. Espero ansiosamente demostrar que Callowan no es culpable, ni directa ni indirectamente.

—¿Y crees que el fiscal te hará caso?

—Cuando sepa la verdad, ya no dependerá de Flecher lo que haya de hacer: será el Viejo quien, como siempre, nos dé órdenes.

—¡No te dejarán hablar con él!

Tavore volvió a sonreír.

—Yo no necesito acercarme al Viejo para comunicar con él. Lo haré a distancia, con la misma facilidad que ahora hablamos nosotros.

CAPÍTULO VI



UNCA se había conocido una expectación igual a la que despertó el juicio contra Donald Callowan. Tuvieron que tomarse medidas especiales. Y el público que se aglomeró a la entrada del Palacio de Justicia del Departamento Federal, tuvo que abandonar las calles y plazas, volviendo apresuradamente a sus hogares, para precipitarse ante los aparatos de TV, ya que la totalidad de los asientos disponibles en la enorme sala de audiencias estaban totalmente ocupados por los enviados de la prensa, radio y televisión de todo el mundo.

Dad consiguió pasar por una de las puertas, realizando un rápido «pase magnético» a uno de los empleados que controlaban la entrada y que creyó ver en la mano del indio un flamante pase de prensa, de primera categoría y prioridad absoluta.

La sala, estaba completamente llena.

Un murmullo general partía de la multitud de periodistas y locutores allí acumulada. Tadore se colocó en un sitio, escondiendo su rostro tras un par de gafas ahumadas, de gruesa montura. Había llevado un bloc de notas, aunque la mayoría de los corresponsales de

prensa manejaban cintas magnetofónicas y dictáfonos especiales, mucho más prácticos y rápidos que la anticuada taquigrafía.

Pero el indio no estaba allí para tomar notas.

Observaba ahora el ambiente, viendo que había periodistas de todas partes del mundo, incluso enviados especiales de los periódicos de Marte y Venus.

La entrada del Jurado tuvo la facultad de reducir bastante el mosconeo existente, que desapareció por completo, dejando lugar a un silencio absoluto, cuando el presidente del tribunal, con sus miembros y secretarios, seguidos por el fiscal, penetraron en la sala, ocupando sus respectivos asientos.

La vista iba a dar comienzo.

Dan Flecher, dentro de flamante vestido, una toga con rebordes de armiño, se puso en pie y tras pedir permiso al Presidente, con un gesto, se volvió hacia la masa de público.

—Señores — dijo con voz ahuecada —: va a dar comienzo la vista del proceso contra el ex director de la SIP, Donald Callowan, acusado de asalto al «International Treasure». Dadas las circunstancias especiales del hecho y la categoría del acusado, no se ha permitido la presencia de abogado defensor, considerando que Callowan puede hacerlo, ya que él mismo es abogado.

Hubo un silencio.

Luego, Flecher, señaló a la puerta lateral.

—¡Puede entrar el acusado! — exclamó, con una teatralidad que hizo que Tadore se mordiese los labios.

Se abrió la minúscula puerta y Donald Callowan, vestido con sencillez, apareció, avanzando solo hacia el asiento que le estaba destinado. Nadie pudo evitar el murmullo de expectación que se levantó, ya que no podía soslayarse la importancia de aquella silueta, conocida en todo el mundo y famosa hasta lo inconcebible.

Pero el silencio volvió a hacerse.

Y el fiscal, dirigiéndose hacia el acusado, que se había puesto en pie, preguntó:

—¿Es usted Donald Callowan?

—Sí.

—¿Fue usted, hasta hace poco, director de la Spatial International Police?

—Sí.

— ¿Es verdad que, cada año, acompañado por un grupo de alumnos, iba usted a visitar el Reducto del «International Treasure»,

en Fobos?

—Sí.

—¿Qué hacían ustedes allí?

—Visitábamos las magníficas instalaciones del «International Treasure», mostrando a los alumnos los perfectos medios de defensa allí instalados.

—¿Es cierto que era usted amigo íntimo del director del Reducto, señor John Botts?

—Sí.

—Naturalmente, como jefe de la SIP, tenía usted libre acceso a todas las cámaras y todo el mundo tenía confianza en los que, acompañados por su director, formaban parte de las fuerzas dedicadas a la defensa de la Ley. ¿No es así?

—Sí.

—¿Cuándo estuvo usted por última vez en Fobos?

Donald dijo:

—El año pasado.

Un murmullo, que se apagó en seguida, surgió de las graderías.

Y el fiscal, impasible:

—Veamos. No le hemos exigido juramento, considerándole como un hombre de honor, incapaz de mentir.

—No miento.

—Repito la pregunta: ¿Cuándo estuvo usted, por última vez, en Fobos?

—El año pasado.

—Bien. Siéntese...

Callowan obedeció.

Y Flecher dijo con una sonrisa:

—¡El señor John Botts, por favor!

El director del I.T. se acercó, sentándose en el sillón que el fiscal le designó.

—¿Es usted John Botts, director del «International Treasure» ?
inquirió éste.

—Sí.

—¿Puede decimos cuándo estuvo Donald Cellowan, por última vez, en Fobos?

—Hace una semana.

—Perfectamente. ¿Hubo algo raro en su llegada que le llamase la

atención?

—Sí. Esperábamos un grupo de unos cien alumnos, como nos fue anunciado por radiograma; luego, de repente, recibimos otro en el que se nos decía que Callowan llegaría sólo con diez alumnos.

—¿Le recibió usted como siempre?

—Sí.

—¿Notó algo extraño en él?

—En absoluto...

Tavore se estremeció, pero no despegó los labios.

—¿Tampoco le llamó la atención algo en los falsos alumnos de la SIP?

—No. Eran y se comportaban como siempre.

—¿Es cierto que Callowan disparó contra usted con proyectiles anestésicos?

—Sí. Lo hizo de repente. Yo no podía esperar jamás una cosa así de la parte de un hombre al que, además de amigo íntimo, consideraba como honrado y recto a carta cabal.

—Bien. ¿Algo más?

—Sí. Estoy completamente seguro que Callowan no estaba en sus cabales cuando atacó el «International Treasure». ¡Es imposible que lo hiciese con plena conciencia!

El fiscal torció el gesto.

—¡Eso no es de nuestra incumbencia, señor Botts! Ha de ser el Jurado quien determine la responsabilidad real del acusado. Muchas gracias. Puede usted retirarse.

Desfilaron después los demás testigos, Charles Moles en primer lugar.

Fue cuando el secretario de Botts subió al estrado, que el indio sintió una palpitación rara. Y volvió el rostro, esbozando una sonrisa.

El desfile, después, de los técnicos, que valoraron lo robado y estudiaron la huida de los ladrones, con el margen de seguridad que les procuró la anestesia conseguida por los proyectiles, ocupó cerca de dos horas.

Pero Tavore apenas les escuchó.

Sus ojos, entornados, estaban clavados sobre Donald Callowan. Todas sus facultades telepáticas estaban en aquel momento en marcha, profundizando en el cerebro del ex jefe de la SIP, cosa que jamás hubiera hecho sin permiso de Donald.

Pero la situación lo exigía.

El final de la larga y pesada exposición de los peritos terminó, afortunadamente. Y el fiscal, imponente y teatral como siempre, expuso los hechos, acusando a Callowan con dureza.

—... no sólo ha faltado a la confianza que habíamos puesto en él, sino que se ha negado a decimos dónde se encuentra lo robado y quiénes han sido sus cómplices. Por otra parte, los doctores han demostrado que su estado mental es perfecto y que, por otro lado, no pudo ser hipnotizado ni se le procuró droga alguna que pudiese influir en su conducta. Obró, por lo tanto, consciente y libremente. Es por eso, señores del Jurado, por lo que pido de ustedes, para ejemplo de los que pudieran, tomando ejemplo de este hecho, creerse al abrigo de la Ley en razón de ocupar un alto cargo, lo que la Democracia Mundial exige, en este momento, un ejemplar castigo para alguien que, como Donald Callowan, no ha sabido respetar la Ley que estaba obligado, más que ninguno de nosotros, a respetar. He dicho.

El Jurado se retiró a deliberar.

Aprovechando aquel intermedio, Dad abandonó su sitio saliendo al «hall.» y dirigiéndose directamente a una de las cabinas telefónicas, pidiendo número del Hotel Ritz.

Y una vez conseguida la habitación del Equipo de Ejecuciones preguntó:

—¿Doe?

—El mismo.

— Dad aquí. Voy a describirte una muchacha: rubia, uno setenta y ocho de altura, ojos azules, muy bonita, viste un traje de sastre azul claro, lleva un sombrero del mismo color, zapatos marrón claro. Colgando del bolsillo superior de la chaqueta, una especie de, ídolo chino, una fantasía en oro...

—¿Y bien?

—Seguidla, sin perderla de vista.

—¿Quién es?

—Lo ignoro. He leído en su mente que se llama Helen Curtís y que debe estar relacionada, en algún modo, con el secretario de Botts. Hay algunos recuerdos interesantes en su subconsciente, pero ha sido tratada para borrar de su espíritu las imágenes recientes. Son muy listos.

—La seguiremos.

—Bien.

—¿Sabes algo más?

—Bastante. Pero quiero consultar con el Viejo.

—De acuerdo. Hasta luego.

—Adiós.

Regresó Tadore a la sala, justo cuando el Jurado penetraba, a su vez. El silencio era tan intenso que parecía poder mascarse, como si se hubiera tomado sólido.

Fue el Presidente quien inquirió:

—¿Ha deliberado el Jurado?

Y el jefe de éste, que se había puesto de pie, habló:

—Sí, señor Presidente.

—¿Cuál es el veredicto?

—¡Culpable!

—¿Y la pena?

— ¡Prisión a perpetuidad!

Dad no escuchó más.

Una tormenta había estallado en la sala.

Una especie de tifón.

* * *

Tadore conducía el coche, lentamente, muy despacio. La noche había caído sobre la ciudad y el vehículo se movía por una de las avenidas vecinas a la Central de la SIP.

Aquella carretera estaba llena de recuerdos para el indio. Haría años que se había paseado por allí, en compañía de los muchachos que por aquel entonces formaban parte de la promoción a la que él pertenecía.

Recuerdos...

Tadore sabía que Callowan había sido conducido provisionalmente a la misma celda de la Central que había ocupado hasta entonces, esperando la decisión final del Consejo Mundial, que le enviaría, con toda seguridad, a una de las Prisiones de Marte, para cumplir la horrible condena.

Dad se mordió los labios.

Había detenido el coche, cortado el contacto y apagado los faros. Un silencio completo le rodeaba. Eligió aquel lugar para que nada perturbase el esfuerzo colosal que iba a realizar y que muy pocos eran capaces de llevar a cabo.

Antes de empezar, sacó un cigarrillo y lo fumó lentamente. Su sistema nervioso llegó a un estado de tranquilidad absoluta, una quietud que tenía mucho del «nirvana» indio. El exterior empezó a desdibujarse y al cabo de unos pocos instantes se halló completamente

solo, alejado de todo, como si hubiese escapado a las fuerzas que le tenían atado a la Tierra y flotase en el espacio...

El cigarrillo cayó de sus labios.

Si alguien hubiera pasado cerca del coche y hubiese tenido la posibilidad de ver a Tavore, cosa que era imposible por la oscuridad que allí reinaba, se habría aterrado al verle tieso, en pleno trance, con un aspecto de estatua, los ojos desmesuradamente abiertos y fijos en un punto invisible para los demás.

Y si el problemático curioso se hubiera atrevido a acercarse, tocando el cuerpo de Dad, hubiese creído que era una verdadera estatua, ya que ni pinchándole habría obtenido la menor reacción.

La mente de Tavore empezó a alejarse, tanteando al principio, disparada un poco alocadamente al comienzo. Encontró así la mente de un hombre que paseaba junto a la verja y que iba pensando en sus problemas familiares, chocó después con el cerebro de un joven agente que daba vueltas al caso de Callowan, hundido en un mar de confusiones.

Orientándose luego, la mente del indio atravesó el jardín, penetró en el edificio que conocía tan bien, descendió por las entrañas de éste, llegó hasta el cerebro del agente de guardia, que estaba medio dormido, cómodamente instalado en su cuarto y sabiendo que nadie podía escaparse, y penetró por último en la celda en la que Callowan se hallaba.

* * *

Donald no dormía.

Se había sentado en el borde del lecho y fumaba cigarrillo tras cigarrillo, reflexionando hondamente en todo lo que había caído sobre él.

Se daba cuenta de que había sido víctima de una trampa en la que había caído sin darse cuenta, sin poder apoyarse en nada para defenderse, quedando solo ante un gravísimo peligro que ni siquiera podía ahora adivinar.

Que todo había comenzado a orillas del Potomac, cuando salió de paseo aquella tarde, no había duda alguna; pero, a partir de aquel momento, su mente estaba completamente vacía de recuerdos. Y lo que era peor, según sus acusadores, había obrado normalmente, yendo a Fobos, falsificando la presencia de los alumnos, trabajando para alguien que le había dominado con una voluntad un millón de veces más fuerte que la suya,

Pero, si habiendo tomado la «antihipnosina» era perfectamente

reacio a toda influencia mental... ¿qué había ocurrido?

Era imposible encontrar solución a aquella situación espantosa que, lo quisiera o no, le iba a llevar a un presidio de Marte, de donde no saldría jamás.

Era más la furia y la rabia de no ser más que un infantil peón en manos de un canalla lo que le ponía furioso.

Pensaba también en sus hombres, sobre todo en los que le conocían, en los que, estaba completamente seguro, no habían dudado ni un solo instante de su inocencia.

¿Qué harían en aquellos momentos?

En modo alguno deseaba que cometiesen alguna precipitada torpeza, echando a rodar su calidad de agentes y estropeando sus carreras de una manera estúpida.

Los recordaba con verdadero cariño...

Doe y Daveira... aquellos dos valientes que habían vengado, en toda ocasión, implacablemente, a los muertos de la SIP, haciendo temblar a los culpables.

Namura, el japonés, audaz y valiente como ninguno, trabajando siempre solo, con la potencia de sus manos poderosas, capaces de partir un cuello de un solo golpe.

Los «Chispas», con sus maravillosos trucos electrónicos, maestros en una ciencia sorprendente y moderna.

Pat, el médico que había sido obligado a proporcionar al fiscal las más poderosas pruebas de su «culpabilidad» y que debía estar mordiendo los puños en aquel mismo edificio.

Y Dad, el indio, el hombre de los superpoderes, el fantástico telépata, capaz de luchar contra las bandas mejor organizadas...

«Estoy aquí, señor...»

Fue como una idea más, como si su conciencia prosiguiese aquel triste soliloquio que había empezado momentos antes.

Pero la insistencia le llamó la atención:

«Soy yo, señor. Estoy fuera, en la carretera Oeste.

Y deseo comunicarme con usted...»

¡No cabía la menor duda!

Callowan se estremeció, sintiendo una emoción íntima que le llenó de gozo.

¡Sus muchachos no le habían olvidado!

«He estado en el juicio, señor, y creo que ya tengo una pista. Dick y el portugués la siguen en este momento...»

—Bien — repuso Donald, hablando en voz alta, sin saber que no era necesario hacerlo.

«Ademáis — dijo Tadore —, me he permitido ahondar en su mente, señor».

Callowan no pudo evitar un estremecimiento.

Se daba cuenta de que las próximas palabras de Tadore iban a tener una importancia vital, decisiva, para él. Hacía muchísimo tiempo que se había dado cuenta de las facultades extraordinarias del indio, quien tuvo muchas ocasiones de demostrar su aplicación en la cotidiana lucha contra el crimen.

—¿Y qué has visto en mi cerebro, muchacho? — inquirió, siempre en voz alta, con un tono apagado y medroso en las palabras.

«He visto que es usted inocente» — repuso el indio.

La alegría estalló, como un fogonazo, en el pecho de Callowan.

Donald exclamó:

—¿Es cierto? ¡Explícate, Tadore! ¡Deseo saberlo todo!

Pero, en aquel momento, atraído por las voces que el ex jefe de la SIP estaba dando, el guardián asomó su cabeza por la puerta enrejada, mirando a Callowan, que también le vio, con los ojos desorbitados.

Le pareció indudable que el preso había perdido la razón y echó a correr, deseoso de comunicarlo a sus superiores.

Callowan se estremeció.

Y con voz trémula habló:

—¡Tadore! ¡El guardián me ha oído hablar y va a avisar! ¡Podría estropearlo todo!

«Un momento, señor».

La mente del indio abandonó la celda y corrió a la velocidad de la luz por el pasillo, hasta atrapar el cerebro del joven agente. Su presa no podía escapar.

Y, en efecto, el guardián se detuvo, extrañado, ya que el indio acababa de borrar de su cerebro los recuerdos recientes.

—¿Qué diablos estaba haciendo yo ? — inquirió el muchacho—. ¿Hacia dónde iba?

Se alzó de hombros y volvió, hacia su casilla, encendiendo un cigarrillo en el camino.

Mientras, Callowan comunicaba sus instrucciones a Dad.

CAPÍTULO VII



AN FLECHER se consideraba un hombre feliz. Como había pensado, desde el comienzo del asunto, el Consejo Mundial no opuso dificultad alguna a que se hiciese cargo de la dirección de la SIP.

Y aquella mañana, la que siguió al proceso y condena de

Callowan, Flecher penetraba, como dueño y señor por vez primera, en el que había sido hasta entonces despacho de Donald.

Se sentó en el sillón, lanzando una ojeada en derredor suyo, como si deseara percatarse del valor de su puesto, reflejado en cada detalle. Abrió después los cajones de la mesa y sacó todo lo que había pertenecido a su antecesor.

Una sonrisa de desprecio apareció en sus labios cuando sus dedos tropezaron con la caja de habanos de Donald Callowan.

Estaba tan completamente convencido de la culpabilidad de su antecesor, que ni por un momento había tenido para él el menor pensamiento de pena o reconocimiento. Colocando en primer lugar su dorada ambición, encontraba lógico y normal que las cosas hubieran sucedido de aquella manera y que él se hallase ahora en un lugar que, íntimamente, estaba plenamente convencido de merecer.

Pulsó el conmutador del «inter», haciendo que uno de los agentes se presentase momentos después.

Y señalando los objetos que habían pertenecido a Callowan ordenó:

—Haga el favor de llevarse eso y ponerlo en cualquier parte.

—Sí, señor.

—¿Se han dado órdenes para el traslado del preso?

—Sí. El coche blindado llegará dentro de una hora para llevar al detenido hasta el astropuerto, donde tomará el astrocohetes para la Prisión de Marte.

—Perfecto.

Le hubiera gustado agregar que tenía unas ganas enormes de que Callowan desapareciese de la Central de la SIP, ya que se daba cuenta de que la presencia de aquel hombre no dejaba de turbar algunos espíritus que, a pesar de todo, seguían impresionados por la caída de su héroe.

Pero no dijo nada en voz alta, limitándose a pensarlo.

Luego, tras una pausa, pidió:

—Quiero que me comuniquen la llegada del detenido a la astronave.

—Así se hará, señor.

—Ahora, cuando salga, haga el favor de llamar al agente de servicio para que me comunique las novedades. Tengo que empezar a trabajar en seguida.

—De acuerdo, señor.

Momentos después, Dan sentía la emoción de tener bajo la mano

la más poderosa red de agentes que la humanidad había conocido.

Era una sensación de fuerza y de potencia que le llenaba a uno el corazón de gozo. Y mientras daba órdenes y cursaba instrucciones, pensó, con envidia, en todo lo que había sido Callowan hasta hacía poco.

Pero ahora estaba él allí y no dejaría jamás el puesto.

* * *

Sam Luster descendió del coche blindado, dejando a Jim al volante, después de hacerle un gesto.

—¿Volverás pronto? —inquirió el chófer.

—En seguida. Puedes ir abriendo la jaula.

—Bien.

Jim Owerlon saltó a su vez de la camioneta y encendió un cigarrillo mientras se dirigía a la parte de atrás.

Luego echó una ojeada a los edificios de la SIP.

No era aquélla la primera vez que iba a recoger a un detenido allí. Miembro de la policía de Washington, había trasladado bastantes presos al espaciódromo de la capital federal, viéndolos partir hacia las lejanas penitenciarías de los planetas, de donde no se solía volver jamás.

Pero ahora era distinto.

La calidad del prisionero que debían trasladar dentro de unos instantes era lo suficientemente extraordinaria para hacer que Jim se sintiese a la vez nervioso, inquieto y deprimido. Admiraba a Callowan, quien le había saludado en algunas ocasiones, personalmente, así como a su amigo Sam, lo que no dejaba de impresionarle en aquel momento.

Con la llave especial abrió la cerradura electrónica del camión blindado, descubriendo la cómoda y acolchada celda que había en el interior. Las luces se habían encendido automáticamente y los aparatos de climatización funcionaban de la misma manera.

Fue entonces cuando, al volverse, vio que el preso llegaba encuadrado por media docena de agentes armados hasta los dientes.

Sam Luster caminaba delante.

Jim miró intensamente al hombre que había dirigido la SIP desde su formación. Los rasgos de Callowan seguían siendo tan nobles como siempre y sus ojos brillaban de idéntica manera, con aquella luz intensa que el joven policía conocía de memoria.

Guando el grupo se detuvo ante la puerta del camión Donald

miró a Jim, sonriéndole con amabilidad.

—¡Hola, muchacho!

Confuso, Luster sintió que sus mejillas se empurpuraban.

Y con un hilo de voz contestó:

—¡Buenos días, señor!

La sonrisa de Callowan se acentuó.

—¿No pensabas que un día nos viésemos así, eh, Jim?

—¡Oh, no, señor!

Donald penetró en la celda, y Jim, con harto dolor de su corazón, cerró la puerta, estableciendo el contacto electrónico con la llave; después subió a la cabina e introdujo la llave en una cerradura que era como la doble vuelta, que conectaba con un sistema de seguridad que nadie podía abrir. Las puertas blindadas de la cabina, una vez Sam estuvo a su lado, volvieron a cerrarse.

—¿Vamos?

Jim asintió con un vago gesto y puso el vehículo en marcha. La camioneta abandonó el parque de la SIP, atravesó el Potomac, penetró en el Estado de Virginia y tomó la 190, autopista amplia y que se dirigía hacia el espaciódromo.

Jim apretó el acelerador.

Estaba nervioso y tenía los dientes apretados.

Hasta que, sin poder más, exclamó:

—¡No hay derecho!

Y su compañero sin volver la cabeza, contestó:

—¡Es un hombre admirable! Todavía, no entiendo cómo ha podido suceder esto...

No dijeron más,

El camión blindado se deslizaba por el lado derecho, a gran velocidad. Los postes de alta tensión pasaban a toda velocidad, produciendo un sonido recortado y constante.

Washington había quedado atrás, perdido en la bruma de la mañana, y la autopista, completamente desierta, se extendía ante Jim, como una franja oscura sobre la que parecía volar el vehículo.

Fue un poco después, al tomar la primera curva del trayecto, cuando las chispas surgieron ante ellos, a un centenar de metros. Había una especie de látigo negro y largo que saltaba furiosamente, produciendo constelaciones de chispas y relámpagos.

— ¡Frena, Jim! ¡Es un cable de alta tensión que se ha desprendido!

El coche patinó más de cincuenta metros antes de detenerse. Con los ojos dilatados por el terror, los dos hombres vieron que, a pesar del frenazo, el vehículo había penetrado en aquella especie de bucle que formaba el cable, que seguía saltando de una manera endiablada.

— ¡Nos va a electrocutar!—aulló espantado Jim fuera de sí.

No tuvo apenas tiempo para abrir la portezuela de su lado, cosa que también Sam estaba haciendo.

En un culebreo fatal el cable saltó de nuevo, cayendo de pleno sobre el camión, que se vio envuelto en montones de chispas que brincaban de sus paredes metálicas.

—¡No!

—¡Soco...!

No pudieron decir más.

Cayeron como fulminados como dos muñecos desarticulados, en el fondo de la cabina.

El coche apareció entonces al fondo de la curva, procedente de un camino secundario. El vehículo, negro, potente, se detuvo junto al blindado. En primer lugar descendió el hombre que lo conducía, un oriental, japonés de anchos hombros y marcha de felino: Iko Namura, de la SIP.

Tras él, dos jóvenes, con jerseys oscuros, uno rubio y otro moreno, sonrientes como su compañero japonés.

André Lavigneux y Charles Bubón, los «Chispas» de la «Spacial International Police».

Uno de ellos, Charles, llevaba una caja complicada en la mano, que aplicó a la puerta posterior de la camioneta. Obediente, como si se hubiese pronunciado un magnífico «sésamo», ésta se abrió, dejando ver el cuerpo de Callowan, que yacía en el suelo.

Namura frunció el ceño:

—¿No se habrá hecho daño?

—No — repuso André —. La descarga era muy suave, justo lo suficiente para dejar a los conductores fuera de combate. Lo malo es que todo este cacharro es metálico y conduce la energía demasiado bien.

Iko no dijo más.

Adelantándose, cogió al ex jefe de la SIP en sus fuertes brazos y se lo echó al hombro. Después se dirigió con paso firme hasta el coche, donde depositó con todo cuidado a Donald.

Entretanto, los «Chispas» echaban una ojeada a los dos conductores, que seguían en la misma postura.

—Voy a separar el cable del coche — dijo Charles — y a ponerlo en contacto con la línea de alta tensión. Así, esos muchachos no tendrán responsabilidad alguna.

Porque, en realidad, el cable que había saltado en la pista no estaba conectado más que a una pequeña generadora, siendo los chispazos producto de un truco electrónico de los «Chispas». En ningún momento habían corrido el menor peligro el camión y sus ocupantes.

Pero ahora había que salvar la responsabilidad de los conductores.

Instantes después, tras haber llevado a cabo la conexión, los dos franceses subían al coche. Y Namura, siempre al volante, lo ponía en marcha, alejándose hacia el sur a toda velocidad.

Doe volvió a pedir un «whisky». Daveira, a su lado, hizo un gesto negativo, ya que todavía tenía su vaso medio lleno. El bar estaba completamente lleno y, a través de los cristales que cubrían su fachada, la circulación de la Quinta Avenida ponía reflejos de colores, que desfilaban rápidamente por fuera.

Mientras esperaba que le sirviesen su nueva bebida, Dick se volvió, mirando de nuevo a la muchacha.

Frunció el entrecejo y dijo en voz baja:

—No lo comprendo.

—Yo tampoco — repuso el portugués —. Llevamos dos días detrás de esa chica y no creo que logremos nada en limpio.

—¿No te parece un poco rara?

Doe sonrió.

—Rara y bonita.

—¡Alto ahí, don Juan! Olvida su calidad de chica estupenda y no te dejes arrastrar.

—¡Calla, pescador de agua dulce! Sigo sin entender nada. Se diría que esta- joven está enferma, distraída, hipnotizada, no sé qué...

—¿No ibas a decir hipnotizada?

—No. Además, ¿qué entendemos nosotros de eso? Dad había prometido venir, pero no sé por qué se retrasa tanto.

Daveira hizo un gesto, señalando la puerta.

—Ahí lo tienes.

En efecto, el indio penetraba en aquel momento en el bar, sonriendo a los dos amigos que, momentos después, estrechaban su mano.

—¿Cómo demonios has sabido que estábamos aquí?

—Cosa fácil.

—¿Y el jefe?

—Perfectamente. No podéis imaginaros la que se ha armado en Washington. Ese histérico de Flecher ha empezado a gritar como un loco, pidiendo la cabeza de Callowan, ordenando que se le busque y que se le cace, llevándoselo muerto o vivo.

— ¡Con qué ganas le rompería los morros!— gritó Daveira.

—No es necesario. Dan, después de todo, no es más que un monigote ambicioso que caerá de la misma manera que subió. Nunca más podrá optar el menor cargo representativo — se volvió a medias —. ¿Y la muchacha?

—¿Es que no la has visto?

—Sí. Y también me he dado cuenta de algunas cosas más. Esa joven ha sido tratada con un procedimiento desmemoriador, que ha fallado en cierto modo.

— ¿Estás seguro?

—Sí. Tendremos que llevarla a alguna parte. Tengo que proceder a un análisis profundo, única manera de poder encontrar el camino que estamos buscando.

—¿Crees que ella te aclarará algo?

—Estoy casi completamente seguro. Después entraréis vosotros en liza; pero el Viejo me ha dado una recomendación especial.

—¿Cuál?

—Esta vez no obraréis como Servicio de Ejecutantes.

Carlo frunció el ceño.

—¡Qué lástima! ¡Con las ganas que tengo de entrar en calor!

—No puede ser, Daveira — dijo el indio —. Necesitamos a los culpables y el oro. Es la única manera de demostrar la inocencia de Callowan.

—¡No te creerán! —rugió Doe—. ¡Aunque les des todas las pruebas que quieras! Mientras siga en pie la declaración de Botts afirmando que Callowan le atacó, nada podrás hacer.

Dad sonrió.

—Eso podría demostrarlo ahora mismo.

—¿Eh?

—Sí. Sé, desde el día del juicio del Viejo, que Callowan no estuvo en Fobos.

Se le quedaron mirando, con una expresión de incredulidad en los rostros. Y Tavore, sin dejar de sonreír, pidió:

—No me preguntéis nada ahora, muchachos. Voy a ocuparme de la chica.

Pidió un «whisky», vuelto de espaldas a la muchacha. Y mirando el vaso entornó los ojos, que parecían soltar reflejos acerados.

A los pocos instantes, en voz baja, dijo:

—Ya puedes ir, Doe.

—¿Dónde?

—Junto a la chica. Compórtate normalmente. Ella cree que eres un tal Charles y así te llamará. Llévala al hotel. Allí te esperaremos.

Dick miró al indio con una admiración no simulada.

—¡Eres un tío! —exclamó.

Luego se alejó de sus amigos y se acercó a la mesita que ocupaba la joven.

—¡Hola! —saludó con naturalidad y simpatía.

Ella abrió los ojos desmesuradamente.

—¡Charles! ¡Qué alegría!

Doe se sentó a su lado.

—¿Te extraña?

—¡Muchísimo! ¡No sabes cuánto he pensado en ti! Fui a verte a Washington, aunque no recuerdo ahora dónde... ¡Charles, tengo miedo!

—¿De qué?

—No sé lo que me pasa. Me encuentro rara... tengo fallos de memoria y de no haberte encontrado no sé lo que hubiera hecho.

—¡No digas bobadas! ¿Vienes conmigo?

Ella le sonrió intensamente.

— ¿Sigues pensando como antes, Charles?

—¡Naturalmente!

—No sabes qué tristeza se apodera de mí cuando intento recordar dónde te conocí. ¡Pero no puedo!

—Eso no importa, querida. Ven conmigo...

—Iré donde tú quieras.

Doe pagó la, consumición de la muchacha y salieron fuera del bar. Tomaron luego un taxi, haciéndose conducir al hotel donde, desde su llegada a Nueva York, vivían los dos agentes.

Dick Doe, mientras el ascensor les llevaba al piso decimocuarto, se preguntaba qué podría sacar Dad de aquella muchacha, cuyo cerebro parecía completamente atrofiado.

Aunque, después de lo que había demostrado Tadore, nada raro tendría que consiguiese lo que desease.

¡Menudo tipo aquél!



CAPÍTULO VIII

EWIS detuvo el coche, un plurirreactor «Cadillac» verde manzana. El vehículo frenó, balanceándose unos instantes sobre sus poderosos amortiguadores.

Lewis sonrió.

Desde su asiento, junto al volante, podía ver los inmensos escaparates, sobre los que se leía, a lo largo de la monumental fachada, con letras doradas:

DILLER & LAWRENCE. — JOYEROS

Había aparcado en la zona delimitada expresamente para ello. Y, por lo tanto, podía esperar con toda tranquilidad al patrón, que no tardaría en salir.

Lewis contempló su rostro en el retrovisor, estirando el cuello para ver el flamante traje que llevaba, la elegante corbata y la piedra que lucía sobre ella. De arriba abajo iba vestido con lo mejor de lo mejor. Y en su cartera, de piel de cocodrilo natural, los billetes, grandes, de mil créditos, formaban un agradable montoncito, que no importaba nada se terminase, porque había otros y otros, siempre dispuestos a ocupar el lugar.

Su rostro había cambiado un poco — forzoso era reconocerlo —, ya que dependió del cambio la seguridad personal y colectiva, la de la banda, fuera ahora de todo temor.

Porque ¿qué importaba que Callowan hubiera logrado escapar?

Se sabía ya que algunos agentes, lo bastante locos para jugarse su puesto y su libertad, habían ayudado al ex jefe de la SIP a escapar, cuando éste era conducido al espaciódromo desde donde debía ser trasladado a Marte para purgar allí la pena a perpetuidad que le había sido aplicada; pero todo aquello, aunque molesto, no tenía la menor importancia, puesto que la SIP — y su actual director, Dan Flecher — habían concentrado todos sus esfuerzos a la búsqueda de Callowan, sin sospechar ni remotamente la verdad.

Los diez hombres, es decir, los nueve que llegaron a Fobos con la falsa personalidad de agentes de la SIP, no podían ser ahora reconocidos por nadie, ya que la Cirugía Estética se había ocupado en convertirlos en nuevos personajes.

Y Lewis Puffer era uno de ellos.

Se encontraba, en el espejo, más joven y con los rasgos más armoniosos, cosas que ya le habían procurado, en el campo de las aventuras amorosas, no pocos éxitos.

No podía quejarse.

La alta silueta de Robert Diller, el jefe, surgió de una de las puertas de la joyería. Su elegancia era llamativa y la gente le miró como a un personaje importante.

Lo que era.

Ni Diller ni el profesor Lawrence — su socio actual, como se leía en el rótulo de la tienda — habían sufrido operación estética alguna, ya que ellos no intervinieron en el audaz asalto al «International Treasure». Estaban fuera de toda sospecha, blancos por fuera y dentro.

Y nadie hubiera podido imaginar que tras la fachada de aquel edificio, uno de los más importantes y lujosos de la ciudad, se hallaba la solución al enigma más emocionante que se había planteado al mundo en los cincuenta últimos años.

Robert, unos cincuenta años, sienes grisáceas, cejas negras y ojos de mirada profunda, cruzó la amplia acera. Prestamente, Lewis oprimió, sin moverse, el botón que abría la portezuela de aquel lado, Y el otro penetró en el vehículo, dejándose caer en uno de los sillones que había en la parte posterior.

—¿Dónde vamos? —inquirió Puffer.

—Al Banco.

Lewis no pudo evitar una sonrisa. Había echado una ojeada a la cartera gris que Robert llevaba en la mano al salir de la joyería. Y sabía, por costumbre, que estaba archirrepleta de dinero, del que iba produciendo la más sencilla combinación comercial que se hubiese ideado jamás.

Al recordar ahora, mientras lanzaba el coche al centro de la circulación, en todo lo que los periódicos habían dicho, inmediatamente después del robo del oro y del platino del «International Treasure»:

«...Nunca podrán deshacerse de los metales preciosos robados... ha sido un acto que no producirá beneficio alguno a sus autores... un riesgo inútil, fallido desde al principio al final...»

¡Imbéciles!

Porque la estupidez de los periodistas había sido incapaz de meditar en que quien había forjado un asalto de aquella categoría debía haber estudiado todos los detalles para evitar precisamente que el costoso proyecto resultase estéril.

Ahora Lewis sentía un desprecio olímpico hacia las autoridades y la prensa, considerándose infinitamente superior a ellas. ¡Y eso que no había sido él el autor del robo, sino uno de los que lo hicieron posible!

Había empezado a disminuir la velocidad, comenzando por acercarse a la derecha, con la idea de detenerse ante el Banco, cuando de repente, la imagen llegó ante él. Y movido por un terror espantoso, frenó con una violencia tal que hizo que Robert saltase de su asiento, hacia adelante, no golpeándose en el parabrisas intermedio por

verdadero milagro.

—¡Estúpido! —protestó Diller—. ¿En qué estás pensando?

Puffer volvió el rostro hacia atrás: un rostro pálido, blanco como el papel.

Dijo:

—¿No lo ha visto, jefe?

—¡Te he dicho mil veces que no me llames jefe, idiota!

—Perdón, señor... pero están allí.

—¿Qué demonios quieres decir?

—Fíjese en la tienda que hay delante del Banco, señor, junto al escaparate... ¿lo ve ya?

Siguió el otro la dirección que le había indicado Lewis. Y no pudo por menos de morderse los labios.

—¡Helen! — exclamó, asombrado —¿Qué hace esa estúpida en Los Ángeles?

—No lo sé, señor... pero ¿no conoce usted al hombre que la acompaña?

—No.

—¡Es Charles Moles, señor! ¡El secretario del «International Treasure»!

—¡No es posible!

—Es cierto, señor... Y ya sabe usted lo que tuvimos que hacer con ella, precisamente por ese hombre.

—Sí... — Diller pensaba a toda velocidad—. Escucha... yo voy a bajar aquí mismo... detén el coche a la derecha... iré al Banco y luego cogeré yo mismo el volante para regresar inmediatamente a la tienda. Tú no te muevas de por aquí, sin que te vean...

—No me conocerían, señor.

—¡Es cierto! ¡Qué idiota soy!

Y después de una corta pausa dijo:

—Síguelos y no les dejes hasta enterarte de dónde están y, si es posible, qué hacen aquí.

—Bien.

—Yo volveré a la tienda y reuniré a los otros... no hay que alarmarse. Después de todo, esto no puede ser más que una coincidencia... una pura casualidad, pero tenemos que estar seguros de que es así... No me gusta nada que esta pareja haya aparecido por aquí.

Bajó del coche, imitándolo Lewis casi en seguida. Cuando vio que

el otro penetraba en el Banco, después de pasar junto a la pareja, aceleró el paso, como si aquellos dos jóvenes hubiesen sido el mismísimo infierno.

¡Y lo eran!

Todos los hermosos castillos que Lewis había construido desde hacía tiempo, aquella seguridad de la que tanto le gustaba vanagloriarse, se habían venido abajo estrepitosamente, ya que no había explicación lógica que contestase a una pregunta fundamental:

¿Qué hacían aquellos dos en Los Ángeles y cómo se habían encontrado de nuevo?

Les siguió durante toda la mañana, viendo que obraban como dos enamorados que estuviesen preparando su nido: iban de tienda en tienda y de almacén en almacén, mirando esto, deteniéndose ante aquello, con risitas ingenuas y apretones de manos llenos de complicidad sentimental.

Luego, a mediodía, se dirigieron a un hotel del centro, donde Lewis pudo informarse de que ocupaban dos habitaciones en el decimotercer piso.

Tenía bastante.

Sin embargo esperó hasta que supo que la pareja iba rumbo al comedor; sólo entonces abandonó el hotel para regresar rápidamente a la joyería.

Robert escuchó atentamente todo cuanto Lewis le contó; luego dijo:

—Bien. No creo que por el momento debamos alarmarnos. Acompaña, no obstante, a Harry al hotel para que siga vigilando a esos dos. Os iréis turnando hasta que pensemos algo mejor. Dwight se quedará aquí con los otros. ¿Has entendido?

—Sí, señor.

La tienda cerraba a aquella hora y Diller esperó que así se hiciese para después tomar una de las puertas interiores que daba directamente a un ascensor particular, que le elevó hasta, el piso que habitaba su socio, once plantas más arriba.

Le encontró en el salón-biblioteca, leyendo, con un vaso de «whisky» al alcance de la mano.

Richard Lawrence era alto, delgado, con una fisonomía interesante: ojos azulados, nariz aguileña y amplia frente. Llevaba un batín y escarpines de piel.

—¡Hola, Robert! — saludó, al ver penetrar a su amigo.

Diller hizo un gesto de saludo con la cabeza y se dejó caer en uno de los sillones, sin despegar los labios. Después se sirvió un vaso, al

que no agregó ni una sola gota de agua.

Richard, que había dejado su libro sobre la mesita vecina, miraba curiosamente al otro.

Hasta que, vencido por la impaciencia, preguntó:

—¿Ocurre algo, Robert?

Éste levantó la cabeza.

Y tras una pausa contestó:

—Helen Curtís está en Los Ángeles.

—¿Es posible? —inquirió el otro, frunciendo el ceño.

—Sí.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí? Porque no ha podido ser por la vía del recuerdo.

—Lo ignoro, Richard; pero no es eso sólo. Charles Moles, el secretario del «International Treasure», está con ella.

Lawrence esbozó una sonrisa.

—Eso cambia por completo el aspecto de las cosas.

—¿Tú crees?

—Sí. Ya sabes que cuando regresamos de Fobos el único caso de inestabilidad psicológica era el de Helen. ¡Se había enamorado de verdad, como una estúpida! Fue por eso por lo que le hice «un lavado de cerebro», borrándole todos los recuerdos recientes. Era la segunda vez que utilizaba mi aparato.

—Lo sé.

—Helen, por sí misma, es incapaz de recordar nada y mucho menos de venir a Los Ángeles para buscarnos. La llevamos a Nueva York y la dejamos allí. Si ahora ha venido es por pura casualidad: ese Moles debió encontrarla y si la ha traído aquí es porque él vive en California.

—¡Ojalá fuera así!

—¿Temes algo?

—No sé. ¿Estás seguro de que ella no ha podido decir nada a Moles?

—Completamente. Su mente quedó vacía de recuerdos. Y si te viese ahora, de repente, sería incapaz de reconocerte.

—No sé...

—¿Es que dudas?

La mirada de Diller brilló con dureza.

—Escucha, Richard: tú has sido la parte teórica de lo que hemos hecho. Gracias a tus inventos lo hemos conseguido todo. Pero yo soy

un hombre práctico y tengo que velar por que nada venga a turbar nuestra tranquilidad. Hemos sudado demasiado para dejar que ahora, por una casualidad, se nos hunda lo que tenemos entre manos.

—Creo que exageras la nota.

—Es posible. Pero desde que Callowan logró escaparse no he dormido tranquilo una sola noche.

—Es un error. Callowan está fuera de toda responsabilidad. Perseguido, debe preocuparse de que las fuerzas policíacas lanzadas en su busca no lo encuentren. Por lo tanto, no creo que esté en condiciones de investigar lo ocurrido. Además, tú sabes tan bien como yo que no podría encontrar la menor huella.

—De todas maneras no puedo permanecer con los brazos cruzados en estos momentos y pasarme el tiempo intentando adivinar qué es lo que ocurre en el cerebro de Helen. ¡Esa harpía me hace temblar!

—¿Y qué piensas hacer?

—Impedir que la muchacha pueda causarnos el menor mal. En estos instantes, cuando nuestro negocio está definitivamente orientado y todo marcha viento en popa, cuando podemos considerar que hemos conseguido lo que deseábamos, no estoy dispuesto a soportar un temor de ese género.

—Creo que tienes razón.

—Sabía que llegarías a la misma conclusión que yo. Helen en libertad y en Los Ángeles significa un peligro constante, una incógnita que nos impediría vivir en paz.

—¿Cómo obviar ese peligro?

—Matándola.

Richard se estremeció.

Luego, tras un corto silencio, dijo:

—Hasta ahora, Robert, lo hemos conseguido todo sin necesidad de matar a nadie. ¿Crees que sea necesario hacerlo?

—Sí.

Hubo una nueva pausa. Luego Lawrence suspiró hondamente y dijo:

—Tú fuiste el jefe desde el principio y no puedo quejarme de nada, ya que llevaste a cabo el proyecto de una manera impecable. Si consideras necesaria la violencia... es porque así debe ser.

Diller sonrió.

—Gracias, amigo mío. Sabía que estarías de acuerdo. Ya comprenderás que no podemos permitir molestias y obstáculos en este

momento. Casi hemos terminado con el oro y el platino comprometedores y poseemos una fortuna colosal.

Lawrence preguntó:

—Lo sé. ¿Quién se encargará de Helen?

—Lewis y Harry.

—Bien.

Diller se levantó.

—Daré órdenes para que lo hagan esta misma noche. Mañana estaremos de nuevo completamente tranquilos. Hasta luego.

—Adiós.

Robert abandonó el apartamento de su amigo, utilizando el ascensor que unía aquél con la joyería directamente. Salió luego de la tienda y en un coche fue a la casa de Lewis, que habitaba un hotelito en Hollywood Avenue. Le dio las instrucciones pertinentes para que, con Harry, procediese al asesinato de Helen.

Cuando salió de la casa de Lewis Puffer estaba completamente tranquilo y hasta sonreía, seguro de eliminar el último peligro que había aparecido en la realización del mejor asunto de su vida.

Pero si hubiera sabido que un coche acababa de detenerse ante la joyería se hubiese estremecido hasta lo más hondo.

Porque aquello significaba algo que era como el principio del final.

* * *

Daveira encendió un cigarrillo.

Luego, mirando a Doe, dijo:

—En cualquier otra ocasión estaríamos preparándonos para actuar, ¿no, Dick?

—Sí, pero esta vez tenemos que cazar vivos a esos granujas.

Helen y Moles, que estaban sentados juntos en el diván de la habitación del hotel, se estremecieron, sin poder evitarlo, ya que comprendían perfectamente lo que aquellos dos hombres querían decir.

Habló el portugués de nuevo:

—¿Crees que intentarán algo contra la muchacha?

—Seguramente.

Helen intervino:

—Deben estar muy preocupados al haberme visto en compañía de Charles.

—Sí — repuso Leo —. Los planes de Tadore se van cumpliendo. Fue un verdadero éxito el hacer que usted recordase todo.

—Desde luego. Ese señor dijo que si lo consiguió es porque lo que me hicieron para perder la memoria no fue perfecto.

—¡No haga mucho caso de Dad! —, replicó Carlo

—¡Es muy modesto siempre!

Y Charles, que no había intervenido aún, pero cuyo rostro expresaba intranquilidad, dijo:

—Antes decían ustedes que esos canallas van a intentar algo contra Helen. ¿Es cierto?

—Casi seguro. No creo — dijo Doe — que permitan su presencia molesta aquí cuando las cosas les van tan bien.

—¡Pero ustedes impedirán que le ocurra nada!

—No se preocupe. Estamos esperando las instrucciones de Tadore, que no suele equivocarse nunca. En cuanto haya dejado a Iko y al jefe, vendrá a vernos.

Charles no dijo nada.

Había encendido un cigarrillo y empezaba a fumarlo nerviosamente. Y no era que no tuviese confianza en aquellos hombres estupendos, que le habían demostrado ampliamente qué era en realidad la «Spacial Internacional Police», en la que había cometido el error de dudar durante un tiempo.

Ahora...

La admiración que sentía por aquellos hombres había tomado dimensiones enormes a medida que les fue viendo trabajar, que comprendió su vida llena de sacrificios y de peligros.

La llegada de Tadore alejó sus ideas y sus preocupaciones.

El indio, siempre serio, se sentó en uno de los sillones y aceptó el cigarrillo que Doe le ofrecía.

Luego dijo:

—Todo está preparado. La banda se dispone a atacar a la señorita, pero yo he tomado precauciones para que salga ilesa del intento de asesinato.

Charles, sin poder remediarlo, se puso en pie.

—¿Quiere decir que van a utilizar a mi prometida como cebo?

El indio le miró.

—Eso es, señor Moles. No tenemos más remedio que hacerlo.

Moles preguntó:

—¿Por qué?

—Porque hemos de darles a esos hombres todos los triunfos. Una vez la consideren muerta, ya no tomarán precaución alguna y se pondrán, sin darse cuenta, al alcance de nuestra venganza.

—¿Y si la hieren?

—No lo harán. Esta noche yo saldré con ella en coche. Y puede estar completamente seguro de que ninguna de las balas que disparen contra nosotros nos rozarán.

—Tengo miedo...

—Yo no —; se apresuró a decir Helen —Confío en estos hombres, Charles.

—Como tú quieras.

Y Dad, poniéndose en pie, preguntó:

—¿Preparada, señorita Curtís?

Ella le miró sonriente.

—Cuando usted quiera.

Se volvió a Charles, que se había puesto igualmente en pie. Y dejando que él la tomase en los brazos, lo tranquilizó:

—No temas nada, Charles. El señor Tadore me sacó del pozo de ignorancia en que esos canallas me habían lanzado. Ya conoces mi vida y sabes que yo ignoraba que formaba parte de una banda de ladrones.

—No lo repitas, querida. Poco me importa el pasado.

La besó.



CAPÍTULO IX

El coche se deslizaba despacio detrás del otro vehículo que acababa de abandonar el hotel. Las calles, profusamente iluminadas, desfilaban a ambos lados, dando la sensación de un movimiento inexistente.

Conducía Harry.

Lewis, a su lado, permanecía silencioso, con el cigarrillo entre los labios y la pistola sobre las rodillas, sin perder de vista las luces rojas traseras del vehículo que les precedía.

Después de atravesar el centro de la ciudad el coche que iba delante tomó una de las amplias autopistas que se alejaban de ella, exactamente la que se dirigía a Santa Mónica.

Lewis sonrió y dijo entre dientes:

—Me alegra que salgan de Los Ángeles. El trabajo será más fácil en las afueras.

—Desde luego.

Quedó el clamor luminoso atrás y las luces se fueron haciendo más raras, a medida que los dos coches penetraban en los arrabales, alejándose de la aglomeración urbana.

Lewis se movió inquieto.

—¿No puedes adelantarles?

—Cuando quieras.

—Pues vete preparando. Creo que ha llegado el momento.

—Está bien.

Harry se separó un poco a la derecha y fue acelerando después, haciendo lo posible por disminuir la distancia que le separaba del otro coche.

Debía pasar ante el que le precedía no demasiado aprisa, permitiendo que Lewis pudiera disparar con la mayor comodidad

posible. Luego tendría tiempo de alejarse a toda velocidad.

—¿Preparado? —inquirió, echando una ojeada de soslayo a su amigo.

—Sí.

Harry apretó el acelerador.

Obediente, el poderoso motor a reacción hizo que el vehículo diese un salto hacia adelante. La masa del otro, que había quedado un poco a la derecha, se engrandeció a ojos vista.

Parkin siguió acelerando.

Hasta conseguir colocarse no lejos del otro vehículo. Lewis había bajado completamente el cristal de la ventanilla de aquel lado. Y cuando los rostros de los dos ocupantes aparecieron ante él, sobre todo se fijó en el de Helen, apretó el gatillo, repetidas veces.

El silenciador apagó el estrepito de las explosiones.

Y Lewis vio que el vehículo saltaba hacia un lado, empezando a hacer peligrosas eses antes de precipitarse, como una exhalación, hacia el borde de la autopista, volcando aparatosamente antes de dar dos vueltas de campana e incendiarse.

—¡Acelera, Parlan! ¡Va a estallar!

No se equivocaba.

Instantes después, una llamarada precedió a una horrrisona explosión.

El coche de los bandidos estaba ya lejos.

Lewis guardó la pistola.

Una sonrisa de triunfo entreabrió sus labios delgados.

—¿Buen trabajo, eh? —inquirió mirando a Harry.

—¡Estupendo! —repuso éste—. Hacía ya mucho tiempo que no hacíamos una cosa así, ¿verdad?

Parkin dijo:

—Es cierto. Antes era diferente, cuando el jefe no se dejaba llamar señor y teníamos que estar siempre con la pistola en la mano. ¿Recuerdas, Harry?

— ¿Cómo quieres que se me haya olvidado? ¡Eran los buenos tiempos! Ahora, abarrotados de dinero y con todo hecho, ¿qué quieres que te diga?, empiezo a aburrirme.

—Yo también. No estábamos acostumbrados a trabajar de esta manera... Cuando fuimos a Fobos y nos dieron la orden de «dejar» los «cacharros» en casa, no me gustó nada. Y aunque el «golpe» fue magnífico, me hubiera agradado más apoderarme del oro y del platino con la pistola en la mano.

—Tienes razón. ¿De qué nos sirve todo el dinero y la comodidad si no tenemos la menor emoción y vivimos como la demás gente?

Levas había encendido un cigarrillo.

Y poco después dijo:

—¿Sabes que estoy dando vueltas a una idea, muchacho?

—¿Es que se trata?

—Pronto terminarán con el oro y nos darán toda nuestra parte. ¿Por qué no nos asociamos tú y yo y formamos una buena banda, obrando como en tiempos pasados?

—No es mala idea. Pero me gustaría que Dwight y los muchachos viniesen con nosotros.

—¡Seguro que lo están deseando!

—Hablaré con ellos. Tu plan me parece magnífico.

Habían tomado otra carretera, paralela, para evitar sospechas y penetraban ya en la ciudad. Se detuvieron poco después en la parte trasera de la joyería. Una célula fotoeléctrica les abrió el paso a un garaje subterráneo, en el que Harry hizo entrar el coche.

Tras dejarlo allí, los dos hombres se dirigieron hacia una puerta, al fondo del local, por la que penetraron, y subieron por una escalera estrecha de caracol que les condujo a la trastienda.

Estaba formada ésta por una sala enorme, con los bancos de taller para el trabajo, las lámparas de soldar, los armarios de moldes...

Robert y Richard estaban sentados allí.

El primero se incorporó, para mirar a los recién llegados. Y clavando su mirada en el rostro de Lewis preguntó:

—¿Qué tal?

—Terminado, señor.

Y relató el ataque con todo lujo de detalles.

Diller le escuchó, sonriendo.

—¡Excelente trabajo, muchacho!

—Gracias, señor.

—Ahora podéis ir a descansar. Mañana nos veremos.

—Bien.

Salieron los dos hombres, y cuando sus pasos se hubieron apagado definitivamente, Richard preguntó:

— ¿Estás tranquilo, Robert?

—Por completo.

—Ahora ya no temerás nada, puesto que la policía no podrá asociar la muerte de Helen con nosotros.

—Desde luego...

Miró intensamente al profesor.

Después dijo:

—Hay algo de lo que desearía que nos deshiciésemos, Richard.

— ¿A qué te refieres?

—A Callowan.

Una expresión de asombro se pintó en el rostro de Lawrence.

—¿De «mi» Callowan?

—Sí.

Richard dijo:

—Pero...

Diller sonrió.

—Ya sé, amigo, que estás enamorado de ese trabajo.

Y lo comprendo perfectamente; pero de todos modos, ahora que podemos estar tranquilos, ¿para qué seguir guardándolo?

—Es que... — Lawrence había palidecido — ¿no comprendes que ha sido mi mejor trabajo, lo que demuestra que lo que había previsto era cierto?

—Lo sé, lo sé... De todas maneras, ¿qué adelantas teniéndolo guardado?

Richard se puso en pie.

—¡Quiero conservarlo, Diller! ¡Lo quiero para mí! Nunca podré hacer nada tan magnífico, tan completo.

Y si alguna vez necesitas que repitamos, en cierto modo, el trabajo, deseo tenerlo delante para orientarme...

—Todo eso son niñerías, Richard, amigo mío. Tienes la inteligencia suficiente para poder repetirlo cuando quieras. Además, guardas los planos y es suficiente.

—¡No!

—No seas testarudo, muchacho. Ya te he dicho antes que comprendo perfectamente el cariño que le tienes; pero has de ser realista. Mientras él esté aquí, puede comprometemos directa o indirectamente.

—¿Cómo?

—De cualquier forma. No olvides que, excepto tú y yo, nadie, incluso los muchachos, saben la verdad de lo que pasó. ¿Te imaginas si se enterasen?

—¡No dirían nada! Se han convertido en hombres ricos gracias a mí...

—...y a mí, Richard, no lo olvides. Pero tú no conoces a los hombres: un par de vasos de «whisky» de más y la lengua se desata peligrosamente. No, querido Richard: hay que destruirlo.

—¡No lo consentiré nunca!

—No seas tozudo y reflexiona como corresponde a un hombre inteligente como tú. Eres poderoso, rico como jamás podías haber imaginado ni aun en sueños. Puedes, si lo deseas, en cuando nuestro negocio haya terminado, dedicarte a la investigación y fabricar todos los que quieras. Puedes montar un laboratorio o media docena... sin que nadie te moleste... pero ahora debes destruirlo.

—¡No!

Diller se mordió los labios.

Y con paciencia intentó convencerlo:

—Ya has visto que no he dudado en jugarme el todo por el todo para terminar con Helen, que era el único testigo peligroso en nuestro camino.

—¿Es una amenaza?

—¡No seas estúpido! Hemos estado unidos y trabajado juntos. Tú pusiste tu inteligencia y yo mi dinero y mi decisión, además de mi banda. Hemos estado en momentos difíciles y peligrosos, cuando todo dependía de cualquier imponderable, ¿por qué no seguir igual ahora ?

—Yo no he cambiado nada...

—No es eso lo que parece.

—Como quieras. Pero no permitiré que destruyas mi obra.

—¿Y si fuese necesario?

—No lo es.

—¿Y si estuviese dispuesto a hacerlo?

Richard parpadeó.

—¡No lo harías, Robert! Porque no estoy dispuesto a permitírtelo.

Hubo un silencio, preñado de negros presagios.

Luego Diller insistió:

—Por última vez, Richard; reflexiona por lo que más quieras. Hemos de vivir tranquilos y lo que te pido no es excesivo. ¿Vas o no a destruirlos?

—¡¡No!!

—Lo siento...

Sin sacar la mano del bolsillo, disparó a través de la tela del traje, en el que aparecieron las marcas de las quemaduras originadas por la pólvora.

Robert recibió los impactos, uno, dos, tres cuatro... en pleno pecho, mirando, con los ojos dilatados por la sorpresa, al hombre al que había permanecido leal desde hacía tanto tiempo.

Luego, inclinándose hacia adelante, terminó por desplomarse, de bruces, quedando completamente inmóvil.

Robert se puso en pie.

Sus ojos brillaban, coléricos.

— ¡Imbécil! ¡Tú te lo has buscado! Aunque ahora soy dueño de tu parte, sólo por tu insensata tozudez...

Pensó, unos momentos, destruir lo que había pensado, pero la presencia del cadáver le preocupaba en aquellos instantes. Y se dedicó, por entero, a eliminarle.

Media hora después lo había llevado al sótano, a los hornos de fundición, pensando que bastaría aquella noche para calcinarlo por completo.

Volvió a la trastienda y limpió la alfombra. Luego abandonó la estancia y fue a su piso para cambiarse y destruir la chaqueta agujereada.

Estaba cansado.

«Mañana lo destruiré» — se dijo, mientras se desnudaba.

Y poco después se acostaba, buscando en el sueño el refugio a las emociones de aquel día.

* * *

La mañana del siguiente día apareció magnífica y cuando Diller abrió los ojos, se encontró mucho más dispuesto que el día anterior. Mientras el criado le preparaba el baño y fumando un cigarrillo, el primero de la mañana, reflexionó sobre todo lo que había acontecido la víspera. Llegó a la conclusión de que había realizado estrictamente lo necesario.

Además de haber eliminado a Helen, había conseguido quitar de en medio a Richard, cuyas extravagancias de sabio le hubieran conducido, tarde o temprano, al desastre.

Y lo que era mejor: la parte del profesor pasaba íntegramente a sus manos, duplicando la fortuna con la que ya contaba.

No estaba mal.

Una vez en el baño, pensó que aprovecharía cualquier momento del día para descender al sótano y destruir lo que Richard había hecho.

Con ello, las huellas del asalto al «International Treasure»

desaparecían por completo.

Se vistió y desayunó. Y cuando iba a terminar de hacerlo, el teléfono hizo que el criado se precipitase al aparato. Después anunció:

—Es para usted, señor.

—Pásame el aparato.

Obedeció el ayuda de cámara.

—¿Diga?

—¿El señor Diller y Lawrence?

Contestando afirmativamente, Robert pensó que más tarde tendría que decidirse a borrar el nombre de su amigo.

—Desearía, mi prometida y yo, hacer una compra importante en su joyería.

—Perfectamente.

—Querríamos objetos de oro y platino.

—Tengo todo lo que ustedes puedan desear.

— ¿Podemos pasar pronto, esta misma mañana?

—Les espero. ¿Su nombre por favor?

—Harry Conwer.

—De acuerdo.

Diller tomó el ascensor que lo condujo a la planta de la joyería. Atravesó los talleres, donde los muchachos trabajaban. Todos ellos le sonrieron, incluso Lewis, que estaba allí.

Pero Dwight le salió al paso.

—¡Hola, señor!

—Hola. ¿Qué hay? ¿A qué viene esa cara?

—No ha aparecido noticia alguna de lo de anoche n la prensa: he leído todos los periódicos de la mañana y escuchado la radio y la televisión.

Robert frunció el entrecejo.

—¿Seguro?

—Sí. Además, he llamado desde una cabina de fuera a la policía, como si Helen fuera una prima mía, preguntando si había habido un accidente en la pista de Santa Mónica.

—¿Y qué te han dicho?

—Que no ha habido accidente alguno.

—¡¡Lewis!!

Puffer se acercó con expresión sombría.

—¿Qué hay?

—¿Has oído lo que dice Raymond?

Lewis miró a Dwight.

—Sí, ya lo sé. Pero puede preguntar a Harry. Él vio estallar el coche. Quizá la policía no quiera dar detalles.

—Es posible, pero eso no me gusta nada. Luego hablaremos. Tú, Raymond, sigue haciendo averiguaciones.

—O.K.

Diller penetró en la tienda, haciendo un poderoso esfuerzo por sonreír. Pero estaba preocupado.

Lo normal hubiese sido que la prensa, la radio y la TV hubieran dado noticia del accidente o de la agresión, cosa que dependía de los detalles que la policía hubiera dado para la información pública.

Pero el que se hubiera silenciado por completo el asunto no le gustaba nada.

Ni pizca.

Recorrió las secciones, donde ya se estaba despachando. Y acercándose a uno de los empleados, preguntó:

— ¿No ha venido una pareja preguntando por mí? No recuerdo ahora el nombre...

— ¿El señor Conwer?

—Eso es.

—Están, con otros dos señores, en la salita azul.

—Gracias. Preparen el surtido número uno. Es muy posible que hagamos una venta importante.

—Sí, señor.

Diller se dirigió hacia la salita azul, destinada a los clientes de mayor rango social. Antes de entrar se arregló el nudo de la corbata, abriendo después la puerta y ornando sus labios con una sonrisa completamente comercial.

Se quedó de piedra.

No conocía a los dos hombres que ocupaban el asiento del fondo; tampoco al joven que estaba sentado junto a la muchacha.

¡Pero ella era Helen Curtis, en carne y hueso!

CAPÍTULO X



URANTE unos segundos, los más angustiosos de su vida, Diller dudó en sacar la pistola y disparar, en salir huyendo o en jugarse el todo por el todo, ya que la muchacha, lógicamente, debía seguir estando bajo los efectos del tratamiento que Richard le había hecho.

Por eso, sobreponiéndose, saludó:

—¡Muy buenos días!

Fue ella la que le saludó:

—¡Buenos días, señor Diller! Mi prometido y yo y estos amigos deseábamos que nos mostrase algunas joyas...,

—¡Naturalmente! ¡Naturalmente!

Robert hacía esfuerzos para dominar los latidos de su corazón, que parecía querer escapársele del pecho.

—Voy a disponer para que les enseñen lo mejor de mi colección. ¡Quedarán satisfechos!

—Muchas gracias... — ella le miró, con insistencia —. ¿No nos hemos visto antes, señor Diller?

Robert sintió que sus piernas flaqueaban.

Pero reponiéndose contestó:

—No lo sé, señorita. Yo no recuerdo nada...

—Debo estar equivocada.

—Es posible. Permitan un momento...

Salió del salón, teniendo que apoyarse en la pared, fuera, para no caer. Tenía la ropa pegada al cuerpo y un sudor frío le helaba la espalda.

¡Le parecía mentira haber escapado!

Se estremeció al recordar la seria expresión de los dos amigos que acompañaban a la pareja y que parecían tener la muerte pintada en el rostro.

Tardó unos minutos en reponerse; luego, ya un poco más tranquilo, llamó a uno de los dependientes y le ordenó:

— ¡Sirva a los señores del salón azu! Muéstreles todo lo que quieran.

El empleado se percató de la palidez de su patrón.

—¿Se siente usted mal, señor?

—Un poco. No es nada, un simple mareo... voy a echarme un poco. Atienda a esos señores y comuníqueme por teléfono cuando se vayan,

—Perfectamente.

Anduvo con pasos de sonámbulo hasta el ascensor. En cuanto estuvo en su habitación se echó en la cama.

Temblaba como si tuviese fiebre.

No podía explicarse la presencia de la muchacha en la tienda, cuando en realidad, debía estar muerta, después de lo que Lewis había explicado.

¿Entonces?

No podía ser...

La cabeza le estallaba y tuvo que hacer, un esfuerzo considerable para ordenar sus ideas, llegando a la conclusión de que debía huir lo antes posible con todo lo que había conseguido, escondiéndose en alguna parte lejana, yéndose al extranjero, después de destruir la única huella que quedaba del asalto.

La obra de Richard.

Esperaría a que cerrasen la tienda, a mediodía, y escaparía, dejando a los muchachos su parte.

Sufría lo indecible.

Porque, por más que pensaba en ello, no acertaba a explicarse cómo Helen se había salvado. Y además, su presencia en la joyería ¿era casual o formaba parte de un plan preconcebido...?

Se estremeció.

* * *

Cuando abrió los ojos, se asustó, creyendo que había dormido demasiado, ya que las pesadillas que poblaron sus sueños le hicieron pensar que llevaba una eternidad echado.

Pero, al consultar el reloj, se dio cuenta de que faltaban unos minutos para cerrar la tienda.

Y justamente, en aquel momento, el teléfono le hizo saltar.

—¿Diga?

—Han salido ya, señor.

—¿Han comprado algo?

—Han encargado joyas en oro y platino por un valor de unos cien mil créditos.

—Muy bien. ¿Van a cerrar?

—En seguida, señor.

—Dé orden de que los talleres queden vacíos inmediatamente.

—De acuerdo.

—Adiós.

—Hasta la tarde, señor.

Diller colgó, con una sonrisa en sus labios.

«¡Puedes esperarme, imbécil!» — pensó.

No descendió inmediatamente. Se fumó un par de cigarrillos antes de decidirse a tomar el ascensor. Cuando éste le dejó en la planta baja, comprobó que sus órdenes habían sido seguidas al pie de la letra y que tanto la tienda como los talleres estaban completamente vacíos.

Mejor.

Durante unos instantes, pensó si era mejor preparar lo que iba a llevarse, ordenando además una transferencia bancaria, después; pero, reflexionando, se dijo que lo primero era lo primero: destruir la obra dé Lawrence.

Abandonó los talleres y tomó la escalera retorcida que llevaba al sótano. Atravesó el garaje, yendo hacia el final del muro, donde oprimió un botón que hizo que parte de la pared se deslizase sobre sí misma, descubriendo una amplia estancia, profusamente iluminada, que había detrás.

Cerró la puerta.

Tuvo que bajar media docena de escalones para llegar al nivel del suelo. Una vez allí, miró hacia el sillón del fondo, donde estaba sentado,,

¡Donald Callowan!

Sonrió.

No podía por menos de admirar, antes de destruirla, la obra maestra del que había sido su socio y la eminencia gris de la banda.

¡Era magnífico!

Suspiró, diciéndose que una vez hubiese desaparecido aquello, podría vivir tranquilo, sin que nadie se atreviese a acusarle de nada. ,

Había una barra de acero en uno de los rincones del sótano, oscuro en sus enormes dimensiones. Fue hacia ella, tomó la barra y se acercó a Callowan, que seguía sentado en su sillón de madera.

Levantó la barra lentamente.

Pero, de repente, la voz resonó, ante él:

—¿Por qué vas a destruirme, Diller?

Se quedó parado.

—¿Cómo? —inquirió, tras un silencio—. ¿Todavía funcionas?

—Ya lo ves.

Robert tragó saliva con dificultad.

Luego dijo:

—No sabía que ese idiota te había dejado conectado... ¡Menudo susto me has dado!

—Ya lo he visto. No tienes la conciencia tranquila, ¿verdad? Sobre todo después de haber matado a Richard.

Diller abrió los ojos como platos.

—¿Cómo sabes eso?

—Misterio...

Robert siguió levantando la barra.

— Es igual... Hay cosas que no me explico, pero tú no volverás a molestarme.

Y descargó el golpe.

Pero, cuando la trayectoria fatal había comenzado, sin que Callowan se moviese, una silueta amarilla surgió de la sombra, lanzada a toda velocidad. De una manera increíble, llegó junto a Diller, por la espalda, descargando un golpe que hizo que el bandido cayese de rodillas, antes de deslizarse, dulcemente, en el suelo.

Iko Namuri sonreía.

—Ya está, señor.

Y Callowan, levantándose del asiento dijo:

—Bien, muchacho. Vamos a echar el telón.

* * *

La telefonista no pudo resistir. Y haciendo sonar locamente el interfono gritó:

—¡Señor Flecher! ¡Traen a Donald Callowan!

Dan se sintió invadido por una alegría loca. Pero, reprimiéndose, ordenó:

—¡Haga que lo traigan inmediatamente, señorita!

—Ya están camino de su despacho, señor.

—Bien. Muchas gracias.

Pulsó la palanca del interfono y se sentó de nuevo, sin dejar de mirar a la puerta, que no tardó en abrirse.

¡Donald Callowan apareció en el umbral!

Detrás de él, dos agentes, Carlo Daveira y Dick Doe, sonreían, gozosos de la caza que habían hecho.

A un gesto del nuevo jefe de la SIP, los tres hombres se sentaron ante el monumental despacho.

Y Doe explicó:

—¡Lo encontramos en Los Ángeles, señor!

—Perfectamente. Aunque, a decir verdad, estaba un poco enfadado con ustedes, ya que desaparecieron misteriosamente, después del juicio, junto a los «Chispas», Namuri y Dad Tavore.

—Todos hemos colaborado en la captura, señor. —¡Ya está olvidado!

Y mirando a Donald lo censuró:

—¿Creía que iba a escapar, eh?

—Ya estoy aquí.

—¿Dispuesto a confesar?

—Sí.

—De acuerdo. ¿No irá ahora a repetir que no estuvo en Fobos con la banda?

—No.

—¿Estuvo allí?

—Sí.

—¿Tomó parte en el robo?

—Sí.

—¿Dónde está lo robado?

—En una joyería de Los Ángeles.

—¿Por qué en una joyería?

—Porque era la única manera de poder convertir, sin despertar sospechas, el oro y el platino robado en joyas.

—¡Magnífica idea! ¿Y sus cómplices?

—Fueron, como jefes, Robert Diller y Richard Lawrence.

—¿Dónde están?

—Richard murió asesinado por Robert.

—¿Y éste?

Intervino Carlo:

—Detenido, señor. Así como el resto de la banda, que se había hecho operar por un cirujano estético.

—¡Buen trabajo!

—Eso creemos, señor.

—Desde luego. — Y mirando fijamente a Callowan dijo—: Revisaremos el proceso. Y ahora, con sus nuevas confesiones, no escapará de la Cámara Electrónica.

—Lo sé.

—¿Creía que iba a escapar?

—Nunca lo creí...

Llamaron a la puerta.

Y Dan, frenético, contestó:

—¿Quién es? ¡Que no nos molesten ahora!

Pero la puerta se abrió y Flecher lanzó un grito, llevándose las manos a la garganta, como si no pudiese respirar.

¡Donald Callowan acababa de aparecer en el umbral, con un habano en la boca!

Le seguía Tadore.

—¿Qué significa esto?

Y Donald, sonriente, contestó:

—¡Lástima que no podamos tomar medidas contra un hombre tan ambicioso como usted, Flecher ! ¡Aunque merece un buen castigo!

—¿Yo?

—Sí... ¡Hazlo, Doe!

Dick se adelantó, pero Carlo fue más rápido que él.

Y sacando uno de sus cuchillos, hundió la punta en uno de los brazos del «Callowan» que estaba sentado ante el despacho.

—¿Eh? —se asombró Flecher.

Y Tadore, adelantándose, explicó:

—Sí, amigo mío... He ahí una muestra de un estado cataléptico perfecto, lo que ha convertido a este hombre, desde el principio, en una especie de robot humano.

—Entonces...—balbució Flecher.

—Sencillo, ahora que podemos explicarlo. Yo salí de paseo a orillas del Potomac. Sirviéndose de un «psicovibrator», que acababa de inventar, Lawrence me sumió en un estado letárgico, sabiendo que no

podía hipnotizarme y servirse de mí para el robo. Pero lo había previsto todo. Y después de someter a este hombre a una catalepsia perfecta, lo hizo pasar por las manos de un cirujano que le convirtió, y se parecía bastante, en un perfecto doble mío. Por hipnosis se le procuró todo respecto a mi personalidad... excepto el fumar, ya que este hombre padece de una grave enfermedad pulmonar. Lo demás fue extraordinariamente sencillo... una vez ventilado el robo, regresaron a la Tierra, donde se preocuparon de cambiar los rostros de los que habían representado el papel de agentes de la SIP. Hubo, no obstante, un obstáculo: Helen Curtís. La muchacha, que trabajaba ya en el almacén de Diller, sin saber quién era en realidad su jefe, formó parte de la exploración a Fobos, ya que Robert la necesitaba porque siempre iba una mujer en el grupo de alumnos de la SIP, en su visita al «International Treasure». La muchacha se prestó, sin saberlo, enamorándose de Charles Moles y obedeciendo al falso Callowan, a regañadientes, sacando la pistola con la idea de que se trataba de una broma. Como Helen era un problema para la banda, Richard, cuando aquélla, regresó a la Tierra, utilizó con ella el aparato que había empleado conmigo; pero, para su desgracia, olvidó que la carga electrónica del «psicovibrator» se agotaba casi cuando era utilizado con la fuerza que se empleó conmigo. Eso hizo que Helen, a pesar de haber perdido la memoria, recordase algo. Y cuando vio en los periódicos que el hombre que amaba iba a ir a un juicio que se celebraría en Washington, corrió hacia allí, desde Nueva York, donde la banda la había abandonado.

»Tavore supo descubrir los efluvios mentales que iban desde Helen a Charles, en la sala de audiencias y ésa fue nuestra primera pista. Pero, además, hundiéndose en mi subconsciente, Dad descubrió que yo no había estado en Fobos. Tenía la seguridad de mi inocencia y eso le impelió a liberarme. Luego, encargándose personalmente de Helen, logró hacer que recobrase totalmente la memoria, lo que nos explicó lo ocurrido.

Explicó el resto, aclarando que Dad, cuando Lewis disparó, obró por hipnotismo, haciendo ver a los dos granujas lo que no ocurría en realidad.

Flecher se dejó caer, en el sillón, vencido.

EPÍLOGO

Estaban todos reunidos en el despacho del jefe de la SIP. Excepto Carlo Daveira. Le esperaban.

Pero, mientras, el «whisky» y los cigarrillos estaban a la orden del día. Y Donald Callowan, sonriente como nunca, hacía los honores a un habano de extraordinaria longitud.

Sobre la mesa, un periódico dejaba ver, en primera página, los resultados del juicio celebrado, con todos los honores para Callowan, la petición de perdón del Consejo Mundial y la dimisión de Flecher, que se había perdido para siempre en el anonimato.

Pero nadie pensaba en él.

Así, cuando Carlo abrió la puerta, todas las miradas se clavaron en él.

Y Callowan preguntó:

—¿Qué?

Daveira, con una expresión sombría, contestó:

—Ya está hecho.

Dad sonrió.

—¡Parece como si nos anunciases un entierro!

—Me ha hecho el mismo efecto. ¡Pobre Moles!

—¿Por qué?

—No me acostumbro a comprender cómo los hombres se dejan cazar de esa manera. ¡El matrimonio! ¡Me estremezco sólo al pensarlo!

Y el japonés dijo:

—¿Y si llegase un día en que una mujer te cazase, Carlo?

Los ojos del portugués lanzaron chispas.

Y antes de que nadie pudiera evitarlo, uno a uno, salieron de sus fundas de cuero cordobés, sus famosos cuchillos, recortando la silueta del japonés y clavándose a su alrededor, en la pared.

—¡Eh! — gritó Namuri.

Y Daveira, serio, amenazó:

—¡No vuelvas a hacerme una broma de ésas, muchacho ! ¡Podría temblarme el pulso!





¡UNA
HISTORIA
DE GUE-

ERRA
RELATADA
EN EL

CRATER
DE UN
OBUS!

EL
AGUJERO

Por
MICHEL
TAURIAC

Gran
Premio
Literario
de
Indochina

La historia de un grupo de adolescentes sumergidos en el rugiente agujero de la guerra, con los pies en el barro y la mirada en las estrellas.

EL AGUJERO

Un relato de guerra distinto a todos. Un argumento lleno de poesía y sensibilidad, con escenas de crudo realismo y patética emoción, que tiene como fondo la trágica epopeya de las fuerzas francesas en Indochina.

250 páginas formato 13'5 x 20'5
60 ptas.

Precio:

Pídalo en todas las librerías y a

EDICIONES TORAY, S. A. - Teodoro Llorente 13

BARCELONA

UN REGALO DE HORAS FELICES

GENTE ALEGRE

Del gran escritor americano

ROBERT TALLANT

La absurda y un tanto obesa señora Candy, el tímido e Inocente señor Petit, los turbulentos Blanche y Eddie y el imponderable fantasma del señor Candy son personajes que bajo el irisado prisma de un humor brillante y efectivo, desfilarán para usted en las alegres páginas de este magnífico volumen.

ASÍ QUE LO HAYA USTED LEIDO, LA VIDA LE PARECERA MAS ALEGRE. EL CIELO MAS AZUL, LAS FLORES MÁS FRAGRANTES Y SU VECINA MAS GUAPA.

No importa que ría usted con risa de conejo...

SI SE RIE USTED CON ESTE DIVERTIDO LIBRO... ¡TODAS LAS RISAS SON BUENAS!

Precio: 60'— ptas.

Es una selección literaria de
EDICIONES TORAY, S. A.

COLECCION
DOCUMENTALES - DEL
MUNDO



¡ENTÉRESE
USTED,
EN
FORMA
AMENA Y
AGRÁ-
DABLE,
DEL
VERDADERO
CÓMO Y
PORQUÉ
DE LOS
GRANDES

ACONTECIMIENTOS
MUNDIALES!

SEPA
USTED
EXPONER
LOS
AUTÉNTICOS
MOTIVOS
DE TAN
IMPORTANTES
SÚCESOS
CUANDO
HABLE DE
ELLO
CON SUS
AMISTADES.

**¡HE AHÍ TRES MAGNÍFICOS
LIBROS!**

El Japón en la era americana
Por EDMUND W. EALLOT

¡Los frutos de la labor americana ante un país
milenario!

Alemania, hora cero
por WALTER O. KNIITEL,

**¡La verdad sobre la caída y resurgimiento de los
alemanes!**

Formosa, las tentaciones de la guerra

Por FERNAND GIGON

**¡El último reducto de Chiang-Kai-Chek,
frente a unos poderosos, intereses!**

**¡MAS DE 200 PAGINAS CADA VOLUMEN,
DE ELLAS**

**40 DE FOTOGRAFÍAS EN PAPEL CUCHÉ.
FORMATO**

**18x24, ESPLÉNDIDAMENTE
PRESENTADOS, CON SO-
BRECUBIERTAS EN COLOR!**

**¡Una Joya para su biblioteca! Por sólo
50 pesetas ejemplar**

COLECCIÓN S. I. P.
ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

- 29.— Prueba de sangre.— *W. Sampas*
30.— Ídolos de barro.— *Alan Star*
31.— Hermandad negra.— *Johnny Garland*
32.— Tongo, ciudad podrida.— *W. Sampas*
33.— Emisión de muerte.— *W. Sampas*
34.— La peste dorada.— *Johnny Garland*
35.— Con el agua al cuello.— *Alan Star*
36.— Contrato fatal.— *Alan Comet*
37.— Muerte a distancia.— *Alan Star*
38.— El horror verde.— *Johnny Garland*
39.— ¡Muerte fosforescente!.— *Johnny*
Garland
40.— Garras invisibles.— *W. Sampas*
41.— Cráneo de plata.— *Johnny Garland*
42.— Rejas de arena.— *Alan Star*
43.— El signo de la momia.— *Johnny*
Garland
44.— Fuegor mortal.— *W. Sampas*
45.— Policía podrida.— *Alan Star*
46.— El planeta negro.— *Johnny Garland*
47.— ¡Llega el Ku-Klux-Klan!.— *Alan Star*

- 48.— La plaga azul.— *Johnny Garland*
- 49.— Agente femenino.— *W. Sampas*
- 50.— Cadáver en el espacio.— *Johnny Garland*
- 51.— La banda de los nictálopes.— *W. Sampas*
- 52.— ¡Callowan culpable!.— *Alan Star*

El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¿Cómo pudo el máximo organismo internacional enfrentarse a la Ley, en asombroso e inexplicable duelo?

¡SIP CONTRA LA LEY!

Original y dinámica como una novela de JOHNNY GARLAND... ¡porque es una novela de JOHNNY GARLAND!

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

EDI
TOR

En Argentina: 9 p

[←1]

Véase, entre otras, la novela de W. Sampa Garras Invisibles, con el más audaz robo de la época.

¿Quiere usted conocer, querido lector, el porqué de esa aparentemente absurda costumbre de Donald Callowan que le impide fumar sus queridos habanos durante el curso de un asunto? Es una vieja historia, de los tiempos heroicos de la SIP, que puede leer en un próximo número, uno de los de tema más escalofriantes de toda la colección: *La Banda de los Pirógenos*. Una historia de terror, de violencia, de misterio, que le producirá escalofríos de emoción.

[←3]

Todos los agentes de la SIP reciben un tratamiento, una especie de vacuna, con una sustancia llamada «antihipnosina», que les protege contra la hipnosis, sea ésta provocada por un ser humano o por sustancias que posean el mismo poder. De esta forma, conservan siempre sus facultades mentales para luchar eficazmente contra el crimen.

[←4]

Así llaman los agentes a la casa en Washington.